«La verdad es una necesidad y un castigo»

MUERTE Y MISTERIO

INTRIGAS DEL PASADO - LIBRO I

LORENA A. FALCÓN

Contents

MUERTE Y MISTERIO

Intrigas del pasado

Libro I

Lorena A. Falcón



Diseño de tapa: Alexia Jorques

Último lanzamiento

Crónicas de una leyenda



Cuentos sobre la historia de un mundo.

Una década tras otra. Y luego los siglos. Así hasta el final.
¿Quién los recuerda todos?

Es el ciclo de la vida.
Cada uno de estos cuentos revela un momento en la historia del mundo y sus personajes. Ambos cambian en cada etapa; ambos son, en esencia, siempre el mismo.
Y tú, ¿en cuál época de las crónicas participas?

Ya disponible en Amazon.

Libros de la autora

Brujas anónimas
Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales
Libro I - Un último conflicto
Libro II - Un conflicto sin fin
Libro III - Todos los conflictos
Libro IV - El único conflicto

El reino entre las nieblas
Libro I - Un camino marcado
Libro II - Un bosque confuso
Libro III - Un reino olvidado

Crónicas de la espada viviente
Libro I - La hija del anochecer

Intrigas del pasado
Libro I - Muerte y misterio

Novelas - Tomos únicos
La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado
Matices de la magia
La invasión
Transformación
Los tres ciclos
Nos visitan

Cuentos
Por un par de alas
Todo o nada
Una idea simple - A simple idea
Alrededor del reloj
Monstruos al acecho
Fases
Crónicas de una leyenda

No ficción

¿Quieres escribir una novela?

¿Quieres escribir un cuento?

Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de Lorena A. Falcón

Novedad

La hija del anochecer
Libro I - Crónicas de la espada viviente



Un sol que declina, una raza que mengua.

Ella sabía que no pertenecía a ningún lado: ni elfa ni humana.
Rechazada por ambas razas, se niega a ser olvidada.
Solo tiene la poca magia que le enseñó su abuela y su único legado familiar:
una espada.
¿Logrará abrirse camino hacia su destino.

Ya disponible en Amazon.

Próximamente, el Libro II…

MUERTE Y MISTERIO

Intrigas del pasado

Libro I



Capítulo I

EL ENTIERRO FUE BREVE. No hubo muchos asistentes. Ella había esperado más. Su padre tenía contactos y amigos por todo el mundo; tal vez, no eran tan cercanos como parecían.

Se despidió de los últimos concurrentes y se quedó frente a la tumba unos minutos más. Si bien recién comenzaba el otoño, en esa zona, el viento siempre corría con fuerza. Levantó la vista: no había muchos edificios altos en las inmediaciones, solo casas bastante separadas unas de las otras.

Suspiró y emprendió el regreso a la residencia de sus padres. ¿O sería la suya a partir de hoy? Estaba bastante segura de que sí; después de todo, era hija única. Sin embargo, nunca se podía saber con su padre. Tal vez, la había donado a alguna institución científica. De todas formas, debía ocuparse del contenido de la morada.

Caminó. Aunque le llevaría un par de horas, le daría la oportunidad de planificar los siguientes pasos. Obviamente, habría más trámites por hacer, sobre todo, si la vivienda se transfería a su propiedad y después ¿qué? Asumió que la vendería, no deseaba retornar a ese barrio, hacía años que no lo visitaba siquiera. Por otro lado, no lo hacía porque no tenía nada de qué hablar con su padre. Ahora él no estaba.

Echaba un vistazo alrededor con cada paso y, pese a que todo lucía igual que siempre, no sentía pertenecer a ese lugar, nunca lo había hecho. Ansiaba volver a su departamento en la ciudad. Claro que era imposible, ya no lo tenía. Así como tampoco el empleo que había mantenido durante la última década. Cuando recibió la noticia del fallecimiento y supo que debía regresar, se había preguntado si su padre lo habría planeado desde un principio.

—Era capaz —murmuró.



LA VIVIENDA ERA enorme para una sola persona: dos plantas con varias habitaciones y tres baños. Estaba convencida de que no se quedaría con ella, pero aún no sabía qué hacer: alquilar o vender. Con la segunda opción, podría comprarse una más pequeña en… ¿dónde? No en ese vecindario donde casi no tenía buenos recuerdos ni en la ciudad que había abandonado, allí tampoco había creado memorias alegres.

Suspiró. Parecía que no había tropezado con la felicidad por ningún lado o, tal vez, no la suficiente. A lo mejor, esta era una oportunidad de empezar de nuevo en otro lugar. Siempre había rumiado la idea de abandonar el país.

Paseó por los cuartos de la vivienda. Estaban abarrotados de cajas y papeles y millones de objetos. Tardaría siglos en ordenar aquello; quizás, le convenía tirarlo todo. Al fin y al cabo, eran las pertenencias de su padre y a él ya no le servían de nada. A ella tampoco. Miró alrededor: él no regresaría por allí, no lo encontraría en su despacho, sumergido en libros. No se había dado cuenta, hasta ese instante, de que parte de ella quería reconciliarse, esperaba hacerlo algún día, por más que se dijera a sí misma que no era importante. Suponía que eso era normal, ¿quién no querría dialogar con sus progenitores?

Entró al estudio del cual su padre la había echado en repetidas ocasiones. Las tres paredes donde no estaba la puerta se hallaban repletas de volúmenes. Esos sí los donaría a alguna institución científica: a ella no le interesaban y dudaba de que pudiera venderlos de segunda mano. Sacó uno del estante más cercano, era un tratado de física en otro idioma. Suspiró otra vez. A lo mejor, el problema radicaba en que ella no era lo bastante inteligente como para hablar con él. Lo único que se le daba bien eran las computadoras y solo un poco más que al promedio, ni siquiera había conseguido un trabajo de…

Sacudió la cabeza.

—Tampoco debería pensar en eso.

Se acercó al escritorio, estaba tan desordenado como siempre. Durante un tiempo, creyó que lo mantenía así a propósito, para que nadie entendiera sus asuntos; aunque nunca estuvo segura. De cualquier forma, una precaución innecesaria con ella: jamás lo había comprendido.

Encontró varias notas escritas a mano, no logró descifrar las palabras de ninguna. Pasó los dedos por las hojas. Tal vez, las estaba escribiendo cuando sucedió. El médico le había dicho que no había sentido nada, que se desmayó y no volvió a despertar.

Lo habían hallado sobre ese escritorio, como si estuviera durmiendo. Había sido la señora de la limpieza, quien iba un par de veces a la semana. Era extraño que su padre le permitiera acceder a esa habitación, solía mantener aquel recinto cerrado con llave, tanto si él estaba dentro como si no.

Quizás, había cambiado en los años en que no se habían visto. Le gustaba pensar que él, en ocasiones, se sentía solo, tan solitario como ella. Acarició, una vez más, los papeles en la mesa y salió del estudio.

Fue hacia su antigua habitación, la conservaban como ella la había dejado. Quizás él también esperaba que se reconciliaran en algún momento. Abrió una de las valijas que había llevado.

Empezaría a ordenar la casa al día siguiente.

—Tiempo es lo que me sobra —musitó.



RECIÉN ERA MEDIA MAÑANA Y ya estaba agotada.

Descubrió que se trataba de una tarea descomunal, aun cuando planeaba tirar a la basura o donar la mayor parte de lo que encontrara. ¿Cómo se habían acumulado tantos objetos? Siempre había creído que su madre no pertenecía al grupo de personas que se aferraban a lo material. Aunque, claro, ella había muerto años atrás. Desde entonces, quizás su padre había sentido la compulsión de amontonar, quizás para llenar un vacío…

—Y ahora te crees psicóloga —murmuró para sí misma.

Decidió tomarse un breve descanso, necesitaba estirar los músculos.

En ese instante, sonó el timbre y ella frunció el ceño. No esperaba a nadie.

Se arregló la ropa y se acomodó el cabello antes de abrir la puerta. Del otro lado, había una mujer de mediana edad. Le resultaba familiar, tal vez la había visto en el funeral. Contuvo un suspiro. Si comenzaban a caer amigos de su padre para recordarlo…

—Buenas días, Sofía —saludó la mujer—. Lamento molestar en este momento, pero creo que deberíamos hablar —bajó el volumen de la voz a un murmullo—, sobre tu padre.

Ella apretó los labios y se hizo a un costado para dejar que la mujer entrara.

La condujo hacia la cocina y preparó un poco de té.

—No sé si me recuerdas —dijo la mujer mientras se sentaba—, soy Marta. Vivo a unas casas de aquí y, durante un tiempo, trabajé con tu padre. Tú eras muy joven en esa época.

—Lo siento, no —contestó ella y se quedó parada, aun después de


servir las tazas.



Capítulo II

SIN EMBARGO, SU ESTRATEGIA basada en la antipatía no funcionó. Marta se quedó varias horas y se fue solo porque Sofía se negó, repetidas veces, a darle acceso al estudio de su padre. Todavía no estaba segura de por qué se había opuesto. Nada de lo que había allí era relevante para ella, no cuando él siempre le había dado prioridad a su trabajo por sobre lo demás, incluso su hija. Aun así, por algún tipo de lealtad innata, no pudo dejar que una desconocida entrara al despacho, por más que esta afirmara haber sido asistente de su padre durante unos años.

Apenas pudo sacarse a la vecina de encima, quien se había retirado muy malhumorada, se dirigió al dichoso estudio y cerró la puerta. Con los brazos en jarra, escaneó la habitación. ¿Qué podía haber ahí que esa mujer estaba tan ansiosa por obtener? No creía que fuera nada de valor material, sino más bien relacionado con los experimentos que conducía su padre, con utilidad solo para otro científico. De todas formas, tal vez, debía ser más cautelosa con el contenido de esa sala; sobre todo, si los donaba.

—O podría quedármelos… —murmuró.

No obstante, en ese caso, necesitaría un lugar donde almacenarlos. Y el único lo bastante grande para guardar la cantidad de libros y cuadernos de anotaciones que había en ese cuarto era… *ese cuarto*. No compraría una vivienda nueva con una habitación extra para las pertenencias de su padre.

Revisó lo que había encima del escritorio: nada de lo que leyó tenía ni pies ni cabeza.

Por un instante, se preguntó si la señora de la limpieza se habría llevado algún artículo y se sintió tentada a llamarla, aunque ¿por qué lo haría? Además de que tendría que entender lo suficiente como para determinar qué tenía valor y para quién. Quizás, lo que debería investigar era si esa mujer, Marta, había estado antes por allí

recientemente. A lo mejor, aún mantenía una relación con su padre; no había respondido a sus interpelaciones más que con evasivas.

Al final, decidió abandonar el estudio, darse un baño y comer mientras reflexionaba sobre sus opciones. Entró en internet para curiosear los valores de inmuebles similares. Si podía vender ese caserón, tendría un buen inicio para otra vida, pero ¿dónde? Esa cuestión todavía la desconcertaba.

Cerró la computadora y suspiró. No podía decidirse por nada en los últimos meses y no tenía con quién conversar. No había quedado en buenos términos con nadie tras abandonar su departamento; no tenía amigos en ninguna parte. Sonrió con amargura. A lo mejor, el problema estaba en ella. Aunque con su madre se había llevado bien. Si tan solo pudiera volver a hablar con ella… Era la única que, en verdad, la entendía.

Ya estaba oscureciendo y resolvió salir a caminar un poco para despejarse. El viento que corría, si bien no cejaba, no era muy intenso. La mayoría de las residencias tenían luces encendidas y las calles estaban vacías.

Emprendió la marcha sin elegir ninguna dirección en especial. Antes de que se diera cuenta, se encontraba frente a la casa de Marta, según se la había descripto. Había un gato en la entrada y parecía estar herido. Así que se acercó y lo levantó para examinarle la pata llena de sangre.

Frunció el ceño y se giró hacia la puerta: estaba entreabierta.

Se aproximó con cuidado. La sangre no era del gato, quizás la mujer había tenido un accidente. Deseó haber salido con el celular, por si debía llamar a Emergencias.

Al llegar al umbral, creyó oír ruidos dentro de la vivienda.

—¿Hola? —gritó desde el exterior.

Nadie contestó.

Empujó la puerta con suavidad y echó un vistazo al interior sin moverse de su ubicación, aún con el felino en brazos. Se inclinó hacia delante.

—¿Hola? —repitió.

Le pareció distinguir una sombra y se adelantó unos pasos. El animal percibió su tensión porque maulló y se removió para soltarse, casi se le cayó de las manos. Lo apoyó en el suelo y se frotó las extremidades, donde ya lucía unos pequeños rasguños.

Sin dejar de mirar alrededor, avanzó un poco más y divisó a Marta en el piso. Había sangre cerca de su cabeza y tenía los ojos abiertos. Aunque Sofía no era médica, estaba bastante segura de que ya no le hacía falta un médico. Volvió a revisar el entorno y detectó un teléfono fijo en el *hall*. Marcó el número de atención de la Seguridad interna del barrio y esperó. Un guardia no tardó en arribar.

Tras él, apareció la Policía y luego, el resto del vecindario.

Sofía hubiera preferido estar fuera, junto a los demás. Sin embargo, como ella había hallado el cuerpo, debía permanecer dentro y aguardar a que le hicieran las preguntas pertinentes. Por lo menos, tenía el gato para hacerle compañía, aunque no le habían permitido limpiarle las patas.

—¿Cuándo la encontró? —preguntó el oficial.

—Apenas entré en la casa.

—¿A qué ahora fue eso?

—Hace dos horas.

—¿Por qué ingresó?

—Me crucé con el gato fuera y pensé que era de Marta y luego noté que la puerta estaba abierta…

—¿Por qué no llamó a Seguridad en ese instante?

Ella parpadeó.

—No creí que fuera necesario. Después de todo, estamos en un barrio cerrado, ¿no?

El policía hizo una mueca.

—La gente se confía demasiado con eso.

—Controlo a cada uno que entra y sale —intervino el guardia privado que seguía allí y no dejaba de lanzar vistazos hacia donde había estado el cuerpo, que ya había sido trasladado a la ambulancia.

Ella se preguntó por qué esta aún continuaba ahí. ¿No debería haber partido ya? ¿Qué esperaban? Escudriñó el lugar, estaba tan ordenado…

—¿Qué busca? —inquirió el oficial.

—¿Perdón?

—¿Está buscando algo?

—No…, solo estaba mirando.

—Mmm. Prosigamos. Entró en una vivienda ajena, que tenía la puerta abierta, con un gato ensangrentado.

Ella rechinó los dientes.

—Sí. En se momento, no había ninguna razón para pensar que la sangre no era del gato.

—Mmm. ¿Conocía a la difunta?

Ella vaciló.

—En realidad, no; o sea, por el barrio.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Eh… —Comprobó el reloj, casi era de medianoche—. Esta mañana.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi padre.

—¿Tenían una relación?

—Se podría decir.

—Tendremos que entrevistarlo a él, asimismo.

—Imposible, lo enterraron ayer.

Por primera vez, el oficial vaciló y a ella le dieron ganas de sonreír. Sin embargo, el hombre se recompuso con rapidez.

—¿Por qué tenía que hablar con usted acerca de él?

Ella parpadeó.

—Para compartir recuerdos. ¿A dónde conducen estas preguntas?

—Debemos hacer todo tipo de cuestionamientos cuando asesinan a una persona, señora.

—Claro —musitó ella.

El interrogatorio no terminó hasta un par de horas después, cuando, por fin, pudo regresar a su casa. Tuvo que abrirse paso entre el gentío. Muchos vecinos continuaban allí y la ambulancia también. ¿Por qué no se iba?



TRAS DORMIR UNAS HORAS, decidió tomarse el resto del día libre. Después de todo, no había apuro ni fecha límite. Hasta la semana siguiente, no sabría el contenido del testamento y, si le decían que debía abandonar la casa, podía hacerlo de un momento a otro. Sus únicas pertenencias estaban en las valijas que había llevado. Miró alrededor y suspiró, en ese lugar no quedaban más que algunos recuerdos.

Permaneció en su antiguo cuarto, con sus paredes desnudas; lo había dejado así al irse. Había querido eliminar todo rastro de su vida ahí y a su padre no le había importado. A su madre sí, si hubiera estado allí en ese momento.

Volvió a suspirar y abrió la *notebook*. Debía buscar trabajo, los ahorros no le durarían mucho y, en ese instante, no tenía nada más.

Incluso comió en la habitación; sin embargo, no revisó muchas ofertas de empleo y no aplicó a ninguna, la mayor parte del tiempo navegó sin un propósito específico y refrescó la bandeja de entrada de correos a cada rato, como si esperara algún *mail* importante de no sabía quién.



LA DESPERTÓ EL TIMBRE, temprano a la mañana siguiente. Se levantó de la cama adolorida. Había dormido en una posición muy incómoda y todavía estaba vestida con la ropa del día anterior. Salió

del dormitorio y tropezó con un borrón que pasó veloz por delante de ella.

—¿Qué…? —exclamó y luego recordó al gato consigo. Se había olvidado por completo de él después de darle un poco de leche al llegar.

Sonaron golpes a la puerta.

—¿Quién molesta a esta hora? —murmuró a la vez que se acercaba a ella y la abría.

Se encontró con un hombre de mediana edad que sostenía una libreta en la mano.

—¿Es usted Sofía Puente?

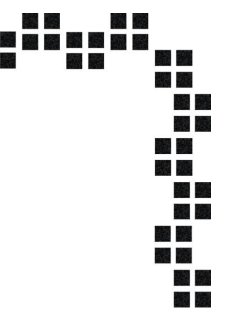
—Sí —dijo ella y entornó los ojos al sol que se filtraba por la entrada.

—Debo hacerle unas preguntas con respecto al asesinato de la señora Ocampo.

—¿Y usted es…?

—El detective Fernández —respondió y le ofreció su tarjeta.

Ella tardó otro segundo en entender lo que ocurría y se hizo a un lado para dejarle entrar.



Capítulo III

LO GUIO HASTA la cocina.

Sentía cómo el hombre la observaba mientras ella preparaba café. Trató de acomodarse el atuendo y el pelo.

—Perdón, estaba durmiendo.

—¿Trabaja?

—Mmm, me tomé unos días por mi padre.

—Entiendo —contestó el detective e hizo algunas anotaciones en su libreta.

Ella frunció el ceño. ¿Todavía las usaban los policías? Si bien el oficial que la había entrevistado había utilizado una, supuso que, a mayor rango, más tecnología; al menos, podrían utilizar el celular para tomar notas.

—¿Cuánto hace que vive aquí? —indagó él.

—Mmm, me crie en esta casa. Nos mudamos cuando yo era chica, no recuerdo bien la fecha —sirvió el café—, pero me fui hace años.

—¿Cuándo volvió?

Ella hizo una mueca.

—No lo hice; es una estadía temporal por el funeral y para ordenar los asuntos de mi padre.

El detective asintió y escribió en su cuaderno. Ella se sentó frente a él, con una taza en las manos. Deseaba cerrar los ojos mientras bebía, pero su intuición le aconsejaba que no se distrajera ni un segundo con ese hombre.

—¿Cuál fue el motivo de su visita a la señora Ocampo?

—Solo estaba caminando por el barrio y me encontré con el gato en la calle.

—El felino ensangrentado.

—Sí —dijo ella.

—¿Esa es la ropa que vestía esa noche?

Ella se miró la remera: tenía las manchas de las patas del animal.

—Sí —murmuró y reprimió el impulso de limpiarse—, estaba agotada y me quedé dormida.

—¿Dónde está el gato ahora?

Ella parpadeó.

—¿El gato?

—Sí.

—Ah…, debe de andar por ahí. ¿Por qué?

El detective se encogió de hombros.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con la señora Ocampo?

—Creo que ya contesté esas preguntas.

—No a mí.

Ella se tensó. Si bien el tono y la expresión del hombre resultaban agradables, sus ojos poseían una intensidad diferente. ¿Acaso la consideraba a ella una sospechosa? ¿Qué tanto debía contarle sobre la visita de Marta y su insistencia por entrar al estudio? Solicitud a la cual ella se había negado. Con seguridad, ese no era un motivo para matar a nadie. Y dudaba de que Marta lo hubiera compartido a alguien, aun así…

—Como ya había comentado —expuso, con cautela, a la vez que apoyaba su taza sobre la mesa y advertía que el detective no había tocado la suya—, ella pasó a visitarme luego del entierro de mi padre. Ellos trabajaron juntos años atrás y quería revisar unas notas.

—¿Cuáles? ¿Sobre qué tema?

Ella apretó los labios.

—No presté mucha atención, me pareció irrelevante. Le comenté que aún no había clasificado las pertenencias de mi padre ni mucho menos sabía cuándo terminaría; ni tampoco había decidido qué parte tirar y cuál donar.

—¿Discutieron?

Sofía frunció el ceño.

—¿Por unas anotaciones viejas? No. Solo hablamos. Ella se fue por su cuenta, a pie, viva. Y no la vi hasta que la encontré… Ni siquiera sabía, antes de entrar, que era su casa.

—Entonces, ¿por qué caminó hasta ahí?

Ella se irguió.

—Como ya expliqué, no me dirigía a ningún lugar en particular, estaba paseando.

—Y acabó frente a esa vivienda.

—Sí, de casualidad.

El hombre se puso de pie. Suspiró.

—Es todo por hoy. Me pondré en contacto si tengo más preguntas. ¿Cuánto tiempo permanecerá aquí?

Ella se mordió la lengua.

—Todavía no sé cuánto me llevarán los trámites.

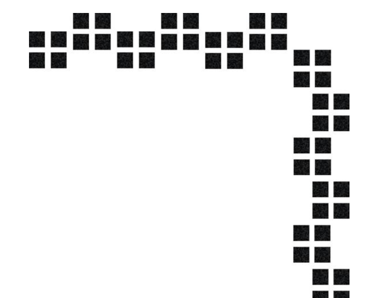
—¿Planea quedarse a vivir en el barrio?

—Por ahora, no proyecto nada.

—Programe no abandonar la zona por unos días —indicó él y marchó hacia la puerta, no esperó a que ella la abriera.

Cuando se quedó sola, agitada, regresó a su habitación y revisó el portal de novedades del vecindario para ver los comentarios sobre lo sucedido.

Y, en ese momento, se topó con el mensaje.



Capítulo IV

AL PRINCIPIO, PENSÓ que se trataba de una broma o, tal vez, alguna de esas cadenas masivas que se mandan con la ilusión de engañar a unos cuantos. Después de todo, ¿quién le enviaría un mensaje privado? Hacía años que no vivía en el barrio. No tenía memorias de casi nadie y no creía que la recordaran a ella, nunca se había sentido conectada con los vecinos ni había permanecido en contacto con ninguno. Durante varios minutos, osciló entre eliminarlo sin leer o llamar al detective. Al final, suspiró y lo abrió.

La redacción del texto era bastante enrevesada; demasiados términos antiguos y extensos, como si se tratara de una comunicación oficial que necesitara emplear un lenguaje específico. Le aconsejaba que no se fiara de nadie, que todos mentían a su alrededor y que, si quería salir viva de esa situación, debía irse ya.

—Bueno… —murmuró tras repasarlo varias veces—, es medio advertencia, medio amenaza…, ¿*salir viva*?

Esa era la parte que menos sentido tenía: ¿por qué estaba en peligro su vida? ¿Por lo sucedido con la señora Ocampo? ¿Y se suponía que por unas frases anónimas ella debía empacar y partir? ¿A qué situación se refería?

Vaciló de nuevo y decidió conservar el mensaje, por el momento. Revisó las novedades del barrio: habría una reunión general esa tarde para discutir los hechos ocurridos dos noches antes. No resultaba extraño; al contrario, era lo más lógico. Si bien deseaba saber qué se comentaba (y si hablaban de ella), no quería asistir y exponerse a que le hicieran más preguntas. Por otro lado, si en verdad la consideraban una sospechosa, no ganaría nada aislándose en la casa y podría perder mucho. ¿O llamaría más la atención que fuera a la tertulia y hablara con gente por la cual nunca se interesó?

Sacudió la cabeza y cerró la máquina. Nada tenía sentido y no necesitaba más problemas. El plan había sido permanecer allí solo una

semana y cerrar ese capítulo de su existencia antes de continuar con el siguiente.

Oyó el maullido del gato que rasguñaba la puerta de la habitación. Abrió y el animal intentó escurrirse entre los tobillos de Sofía. Esta se inclinó para recogerlo y se acordó de la remera.

Puso el lavarropas después de alimentar al gato y darse un baño.

Finalmente, optó por ir a la reunión: debía estar al tanto de las habladurías del barrio. Por más que hubiera preferido esconderse, no era el mejor curso de acción. Ya había quedado en el centro de la atención y su madre siempre le había dicho que, en esas situaciones, se debía tomar el control y no dejar que los demás lo hicieran.

Parecía que todo el vecindario había acudido. Pese a que no recordaba los nombres de nadie, le resultaban familiares las caras de algunos. Sin embargo, lo primero que advirtió fue la discusión de dos individuos. Cuando llegó, se gritaban el uno al otro y, tras unos minutos, se separaron aireados.

—Ella es Susana, la pareja de Marta —dijo una mujer a su lado y Sofía se giró hacia esta. No tenía idea de quién era, pero reconocía su estilo: una de esas personas que esparcían chismes a quien tuvieran cerca— y Gerardo, su vecino. Creo que hay algo entre esos dos; quizás, lo hicieron juntos.

Sofía emitió una fugaz sonrisa y trató de alejarse.

—Yo sé quién eres. —Un hombre joven se le cruzó en el camino —. Eres la que encontró muerta a mi tía, ¿no?

En ese instante, el resto de los presentes en el salón se volteó a mirarla.



LA REUNIÓN FUE de lo más incómoda; peor que una laboral o aquellas que se organizan varios años después de terminar el colegio. Debió relatar los eventos de esa noche varias veces antes de que le permitieran abandonarla. La única información que consiguió fue el nombre del hombre que la había expuesto: Rubén, el sobrino de la señora Ocampo. Y confirmó que los dos que discutieron eran Susana, pareja de Marta, y Gerardo, un vecino de ambas con el cual mantenían reiteradas disputas. No le importaba ninguna de esas personas; sin embargo, debía interesarse, ya que estos eran, junto a ella, los cuatro sospechosos del asesinato.

Suspiró y cerró el sitio de novedades del barrio, donde estaban las fotos de todos ellos.

¿Cómo había ocurrido eso? Solo había ido al funeral de su padre y a finalizar unos trámites.

Se recostó en la cama y volvió a suspirar. Debería haber dejado ese gato en la calle, ¿por qué lo levantó? ¿Por qué entró en esa casa?

Hizo a un lado la computadora, se levantó y se preparó la cena.

Si bien intentó distraerse con la televisión, no podía dejar de pensar; sobre todo, en el mensaje que había recibido. ¿Podría su vida correr peligro? Los vecinos parecían más que inclinados a curiosear e imaginar sus propias historias, pero ¿agredirla? Se habían juntado a hablar, durante unos minutos, todos los involucrados. No obstante, Sofía había roto el círculo enseguida al notar las miradas que caían sobre ellos.

Apagó el televisor. Debía hacer *algo* y lo único que se le ocurría era revisar las notas de su padre. A lo mejor, daba con algún indicio de qué buscaba Marta o por qué le interesaban tanto. Además, si ese detective hallaba algún tipo de información relacionada con eso, comenzaría a hacer preguntas para las cuales ella no tendría respuesta. Y pese a que no estaba obligada a conocer los detalles del trabajo de su progenitor y podía alegar desconocimiento, prefería que el interrogatorio no la encontrara desprevenida.

Tras dos horas, localizó las cajas de la época a la cual había hecho referencia Marta. Su padre era bastante metódico al archivar y guardaba todo. Revisó cada uno de los informes y notas y agendas y cuadernos y no había nada más que vagas menciones a la señora Ocampo. Sin embargo, estaba claro que había trabajado con su padre durante años.

—No tiene sentido —murmuró.



Capítulo V

OTRA VEZ, LA DESPERTÓ el timbre.

Se irguió en la silla y lanzó un quejido. Se frotó el cuello. Se había quedado dormida sobre el escritorio. Miró el informe que había estado baboseando hacía unos segundos, no recordaba lo que había leído.

El timbre insistió y Sofía se levantó y salió del estudio.

Mientras caminaba hacia la entrada, comprobó la hora. ¿Siempre madrugaban tanto por allí?

Abrió la puerta, segura de que encontraría al detective. No obstante, quien estaba del otro lado era Rubén, el sobrino de Marta. Sofía vaciló.

—Hola —saludó y no se movió.

—¿Puedo entrar? —inquirió él.

—Mmm, no creo que sea bueno, para ninguno de los dos, que tengamos mucho contacto.

—Eso ya no importa —dijo él y se escurrió dentro. Parecía más joven que ella, aún en los veinte—. ¿Tienes algo de tomar?

—Puedo hacer café —respondió ella y cerró con un suspiro.

Esperaba que no muchos vecinos hubieran visto a su autoinvitado ingresar en su casa. Debía deshacerse de él rápido. No solo porque era otro sospechoso, sino porque no le caía bien.

—Tenía otra cosa en mente, pero bueno… —comentó el muchacho y echó un vistazo al comedor.

—En la cocina —indicó ella y reprimió agregar que, a esa hora, lo único que se puede tomar es café o té.

Rubén la siguió y ella puso el agua a calentar. Él también pidió comida y luego se dedicó a hacerle las preguntas más molestas.

—¿En qué te puedo ayudar? —indagó ella después de servirle la infusión y se mordió la lengua.

Él asió la taza con cuidado, tenía un dedo curvado en una posición extraña.

—No es nada —comentó él cuando notó su mirada—. Pensé que podríamos hablar un poco, ¿no? Sobre lo que pasó.

—Como dije anoche: encontré al gato, vi la puerta abierta, entré y ella estaba… en el suelo. Llamé a Seguridad.

—Sí, sí, aunque… hay más detalles, ¿no? Tal vez, solo se los dijiste a ese detective.

—No. La historia es la misma para todo el mundo, no hay nada más.

—Mmm —musitó él y se sirvió más galletitas antes de beber medio tazón en un solo trago—. Sería bueno conocer qué le ocurrió a la tía, ¿no? Mientras más rápido salga a la luz, más rápido se liberará el testamento.

Ella volvió a morderse la lengua.

—Estoy segura de que el detective Fernández está haciendo lo posible por cerrar este caso. Quizás, si hablas con él…

—Él ya no está. —Hizo un gesto Rubén—. ¿No te enteraste aún? Lo anunciaron esta madrugada: el caso está cerrado, caratulado como accidente. No obstante, como hubo dudas, aún hay que esperar para el…

—Espera —lo interrumpió ella—. ¿Se terminó la investigación?

—Sí. Hasta mencionaban que ese policía ya está trabajando en otro y ni siquiera se encuentra en la zona.

—Eh…, ¿y eso no te parece raro?

—Es excelente. ¿Para qué perder más tiempo? Mi tía se cayó y se golpeó la cabeza. Pasa con los viejos a cada rato.

—Eh… —Sofía titubeó.

—¿Tienes más café?

—¿Mmm…? Ah, claro. —Se levantó, con el ceño fruncido, y le sirvió otra taza. Era muy extraño. Las pesquisas habían comenzado apenas el día anterior y, menos de una jornada después, ¿se cancelan, durante la noche, y el oficial a cargo es reasignado? ¿Por qué se abrió la indagación en un principio?

Rubén se quedó media hora más. Lo único que parecía importarle era que se leyera el testamento de una vez. Todo indicaba que a la señora Ocampo no le quedaba ningún otro pariente cercano con vida. Sofía evitó preguntarle por la pareja de la mujer. El joven insistió un par de veces más sobre qué había visto ella y si había omitido algún detalle y luego quiso ver el resto de la casa, a lo cual ella se negó.

Sofía suspiró cuando pudo cerrar la puerta detrás de él.

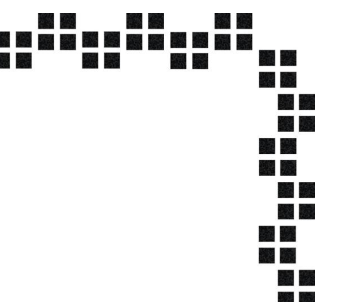
¿Por qué creía que ella ocultaba información? ¿Los demás pensarían lo mismo? No tenía ningún sentido. Hacía años que ella no vivía ahí. Ni siquiera recordaba a la señora Ocampo, si es que alguna vez la había conocido. De casualidad, esta había ido en busca de aquellas notas unas horas antes de…

—¿Casualidad…? —musitó mirando hacia la oficina de su padre.

Ahora estaba segura: alguna actividad de su padre, pasada o presente, hacía que los demás recelaran de ella y creyeran que poseía motivos recónditos. Debía encontrar la conexión entre su padre y la señora Ocampo, más allá del trabajo.

Suspiró una vez más. Tendría que recurrir a una estrategia que odiaba: conversar con la gente. Los vecinos podrían decirle mucho más de lo que ella encontraría en el estudio, sumergida en papeles.

Por otro lado, ¿no deberían haberle avisado que se había cerrado la investigación? ¿No comunicaban eso a los sospechosos, si en verdad ella era una? ¿Debería llamar para averiguar qué había sucedido?



Capítulo VI

COMPROBÓ PRIMERO su casilla de correo y descubrió que, en efecto, había recibido una comunicación oficial sobre el cierre de la investigación, era sucinta y no estaba personalizada. También se anunciaba en el sitio de novedades del vecindario, como anexo a la reunión que había continuado varias horas después de que ella se retirara. Observó su foto de nuevo, aún no recordaba en qué momento se la habían tomado. No leyó nada más y cerró.

Se dio una ducha rápida, limpió los restos del desayuno y decidió revisar otra caja de anotaciones de su padre antes de su planeada caminata. Esa vez, iría al centro del barrio. Y no entraría en la casa de nadie ni recogería ningún animal que encontrara por la calle. Miró alrededor. ¿Dónde estaba ese gato, de todas formas? Tendría que comprarle comida o, al menos, más leche.

—Tendría que deshacerme de él, en realidad.

Recordó a la pareja de la señora Ocampo. Si el felino había sido la mascota de Marta, su compañera lo querría; quizás, incluso, lo estaba buscando. Sin embargo, se resistía a relacionarse con otro de los sospechosos o exsospechosos.

—Sí que es raro que se haya cerrado con tanta velocidad… —murmuró a la vez que sacaba los papeles de la caja y los esparcía sobre el escritorio—. Hoy asigno a un detective, mañana lo saco…

Se preguntó si la señora Ocampo tendría un funeral. No había ninguna mención a este en el portal, lo cual resultaba extraño. Si hubiera, tal vez debería asistir. Era probable que el asesino también fuera…

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó en voz alta como era su costumbre cuando enfrentaba una situación que la confundía o se sentía indecisa—. ¿Por qué creo que estaría ahí y por qué yo lo reconocería? ¡¿Y por qué me preocupo por eso?! —Suspiró—. Porque, si lo encontraran, la gente dejaría de murmurar a mis espaldas y yo…

—Se mordió el labio—. De todas formas —abrió un cuaderno—, no voy a vivir aquí, ¿qué me importa lo que digan?

Frunció el ceño cuando vio las notas. Por un instante, creyó que estaban en otro idioma, aunque ninguno que reconociera. Se acercó más y advirtió que había acotaciones adicionales en los márgenes, una lucía como una dirección de internet. Era inusual, su padre ni siquiera tenía una computadora, no le gustaba usarlas en su vida personal.

Hurgó en la bolsa de las pertenencias de su padre que le habían dado en la morgue. Él siempre llevaba el celular consigo, era el único punto de contacto con el trabajo y la tecnología cuando no estaba en la oficina, más allá de sus libros, papeles y demás. Lo encendió. Estaba protegido, pero ella sabía la clave. Buscó en la casilla de correo: nada que no fuera laboral y alguna que otra cuestión personal. Revisó entre los archivos y hubo algunos que no pudo abrir, estaban cifrados.

—¿Por qué? —murmuró—, ¿serán laborales?

Inició el navegador. No halló ni rastro de una dirección similar a la anotada. Vaciló sobre si tipear ese enlace o no.

Al final, eligió salir a despejarse un poco y comprar provisiones, para ella y para el gato, que no paraba de maullar.

Se dirigió hacia el portón de salida. Y, aunque se había propuesto lo contrario, se demoró contemplando las residencias. Rubén le había comentado que él no vivía en el barrio, estaba de visita en la casa de un amigo. Sofía supuso que la pareja de la señora Ocampo residiría en la misma vivienda que esta y, ahora que se había cerrado la investigación, debía de estar allí de nuevo. Por un momento, se sintió tentada de… Pero no, no.

Y, sin embargo, poco después, se encontró a una cuadra de dicha morada. Por esa zona, los edificios se hallaban cercanos unos a otros; por el contrario, el hogar de sus padres se ubicaba en una sección bastante aislada. ¿Cuál pertenecería al vecino que…?

—Hola —dijo alguien y Sofía se sobresaltó.

El hombre en cuestión estaba parado junto a ella; vestía ropa de *jogging*.

—Perdón, solo estaba…

—Mirando —completó él—. Soy Gerardo, supongo que te acuerdas.

—Sí, claro.

—¿Quieres tomar algo?

Ella vaciló y luego lo siguió.

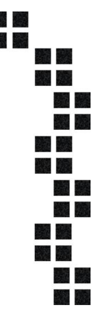
El interior de su residencia estaba muy ordenado, con el tipo de disposición que existía solo en las revistas, y le hizo recordar…

—No te preocupes —comentó él—, todo el mundo pasa por aquí, últimamente.

—No… yo… —Sofía se mordió el labio—. En realidad…, me

preguntaba si…, eh…, la pareja de Marta…, mmm, ¿Susana? quiere el gato de vuelta.

—Ah. No la hallarás aquí. Hace rato que no viven juntas. El lugar está vacío.



Capítulo VII

SE DESPIDIÓ DE Gerardo unos minutos después. Y se cruzó con otros vecinos en la calle. Suspiró y los ignoró.

Cuando llegaba a la puerta de salida, le sonó el celular.

—Deja de buscar problemas —le dijo una voz distorsionada— o los encontrarás.

Ella frunció el ceño. La llamada se desconectó.

Revisó el teléfono, pero la pantalla solo indicaba: *Número privado*.

Cuando levantó la vista, distinguió a un hombre del otro lado de la reja, observándola. Duró solo un segundo. En un parpadeo, él había desaparecido.

¿Sería quien la había llamado? ¿El mismo que le había enviado el mensaje de advertencia?

Por un instante, no supo qué hacer. ¿Debía salir y continuar con su vida? ¿O quedarse dentro del barrio y pedir ayuda? Quizás, aunque el detective ya no estuviera en el caso o no hubiera uno, aún podría contactarlo; le había dejado su tarjeta.

—La que no tengo conmigo —musitó.

Decidió que, si aquel individuo estaba en el exterior, entonces sería mejor que ella permaneciera en el interior.

—¿Necesita algo? —preguntó un guardia de seguridad que se había acercado sin que ella se diera cuenta.

Sofía se giró hacia él, con el ceño fruncido, y luego sacudió la cabeza.

—Lo siento. Hace mucho que no vivo aquí y me preguntaba… mmm, necesito hacer un pedido al supermercado y si quiero que me lo envíen…

—Ah, las instrucciones están en el portal. Aunque es muy sencillo. Solo recuerde indicarle al negocio el barrio y que deben hablar con nosotros. Una vez que ellos le proporcionen el nombre del repartidor y patente del vehículo, usted nos envía esa información por *mail*. Cuando llegue el pedido, le avisaremos para que lo retire —el hombre

sonrió—; no los llevamos hasta las residencias, a menos que haya contratado ese servicio.

—Claro…, mmm, bueno, gracias.

—¿Sabe? No hacía falta que se acercara, podría haber llamado, nuestro número está en el sitio.

—Sí…, qué tonta. —Sofía forzó una sonrisa y se dio la vuelta.

Caminó lo más rápido posible, sin que resultara extraño. Sentía la mirada del hombre sobre su espalda. Cuando creyó que estaba lo bastante lejos, aceleró el paso. Estaba comenzando a oscurecer.

Sabía lo que tenía que hacer al llegar a su casa: abrir esos archivos cifrados. No podía ser casualidad que encontrara un secreto donde alguien había querido entrar, una persona que había sido asesinada.

Tenía que averiguar en qué trabajaba su padre cuando falleció. Debía de estar conectado con la solicitud de la señora Ocampo y ser la razón por la cual estaba recibiendo aquellas advertencias. Incluso, su acosador podría estar detrás de lo sucedido a Marta; tendría que andarse con cuidado. Sobre todo, si esa persona era capaz de alejar a un detective.

Vaciló cuando ya tenía la mano sobre el picaporte. Tal vez, ni siquiera dentro del barrio estaba segura. Al fin y al cabo, la señora Ocampo había muerto en su hogar.

Entró. Y, después de asegurarse de que no había nadie dentro, cerró todas las puertas y ventanas y llamó al detective, daba igual si estaba asignado o no. Sin embargo, no logró comunicarse con él. En la estación, no le quisieron dar su número particular y solo tomaron su mensaje. Sofía colgó y suspiró. El gato no dejaba de maullar.

—Lo siento, seguirás a dieta de leche, las compras tardarán un poco.

Entró al portal y revisó las normas, así como la lista de los que habían ingresado al barrio en los últimos días. Nada más aparecían los invitados, aunque no se especificaba qué residencias habían visitado. Había bastantes y la mayoría eran hombres. Imposible determinar cuál podría haber accedido a la casa de la señora Ocampo.

Comprobó sus mensajes privados. La advertencia que le habían enviado ya no existía. Ella estaba segura de que no lo había borrado. En un impulso, examinó su teléfono. No había ninguna llamada tampoco.

—No puede ser… —susurró—, no es posible modificar el registro a menos que…

Apagó el móvil. Se compraría uno nuevo. Si bien aún no sabía cómo comprar sin salir ni anunciar sus movimientos. Cada pedido que hiciera quedaría asentado en Seguridad. Ellos tendrían muchos más detalles de los que publicaban en el sitio. Tal vez…

—¿Y qué les diría? —Suspiró y se mesó los cabellos.

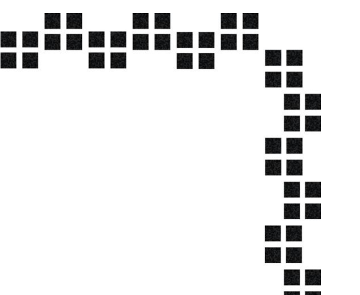
Regresó al estudio y buscó el celular de su padre. Era viejo, no inteligente. Se mordió el labio hasta que le dolió y entró a la página que había encontrado en las anotaciones. Solo tenía recuadro para seleccionar archivos.

Después de meditarlo, eligió uno entre los cifrados y lo subió. Tras unos segundos, en la pantalla, se mostró un texto junto a un reloj con una cuenta regresiva en una de las esquinas. Supuso que era el tiempo del que disponía para leerlo. Se apresuró.

Hablaba de unos experimentos viejos. Varias veces, asomaba el nombre de la señora Ocampo y había otros que le resultaban familiares; incluso, tropezó con el de su madre. Sabía que sus padres habían trabajado juntos cuando ella era muy pequeña; sin embargo, se habían separado en ese aspecto y nunca hablaban de esa época. Sofía siempre había creído que se debió a celos profesionales, pero quizás había otra razón. Pese a que no entendía sobre qué trataban los ensayos, sí reconocía algunas de las organizaciones que se mencionaban en los apartados. Lo que fuera había sido subvencionado por el gobierno y empresas privadas.

Antes de que terminara el conteo, cerró ese archivo y abrió otro. En ese, había memorándums similares, aunque los patronazgos eran de países extranjeros. No encontró con qué tomar notas y no quería minimizar la página, así que trató de memorizar la mayor cantidad de nombres posibles, tenía que investigarlos. A pesar de que no sabía aún cómo hacerlo. Desde su computadora o su celular, se podría rastrear su actividad; y el de su padre era bastante incómodo. Una parte de ella consideraba que estaba un poco paranoica y otra no podía evitar pensar que, en ese listado, había muchas instituciones con el poder suficiente para desaparecer personas. Encima, ni siquiera comprendía bien esos documentos. ¿Cómo podría determinar a quién podrían interesarle? Tal vez, si hubiera permitido a Marta que los leyera… Ella podría entenderlos y…

—Y, a lo mejor, por eso está muerta. —Volvió a morderse el labio —. Si Marta estaba al tanto de la existencia de estos archivos y sabía que ahora yo estoy en posesión de ellos…, alguien más podría estar al corriente…



Capítulo VIII

OTRA VEZ, ENFRENTABA una dicotomía: indagar más o alejarse. Podía irse. Podía deshacerse de todo y poner la casa en venta. Casi no tenía dudas de que sería suya. Restaba menos de una semana para que le informaran cómo había quedado su situación. Y no hacía falta que aguardara allí, podía hacerlo en cualquier lado. Y, cuando tuviera su respuesta, también podría realizar los siguientes trámites a la distancia. Ya nada la ataba a ese lugar. Era por completo libre.

Y, aun así, permanecía con el celular en la mano y las notas de su padre alrededor. Si se iba, el rumor perduraría en el barrio, siempre pensarían que ella estuvo involucrada en la muerte de la señora Ocampo. Y Sofía, por su lado, nunca sabría por qué la mujer había sido asesinada ni quién lo había encubierto. Además, tampoco podía estar segura de que no fueran tras ella algún día. Había recibido dos advertencias y, quizás, no pasara de eso. Sin embargo…, ¿cómo saber que no cambiarían de opinión en el futuro y la consideraran un riesgo, por más que ella no supiera nada? Si esos archivos eran tan importantes como para que mataran y encubrieran, no desistirían con facilidad. Y si los destruía, ya no tendría forma de averiguar qué sucedía. No obstante, ¿cómo podría hacerlo? A la señora Ocampo la habían asesinado poco después de que intentara acceder al despacho y luego, en un solo día, habían alejado al detective. Aún no comprendía cómo nadie comentaba lo extraño que había sido que cerraran el caso. Aunque, claro, si el gobierno estaba involucrado, todas las voces se podían acallar.

Suspiró.

—Tal vez me arrepienta —susurró—, pero tengo que descubrir por qué la mataron, qué ocultan los documentos de mi padre. Es la única forma de protegerme: debo entender en qué estoy metida y con qué cuento para negociar si se acercan a mí.

Echó un vistazo al escritorio. Era probable que no fuera capaz de

comprenderlo, aunque quisiera. A lo mejor, podría revisar las agendas de su madre. Ella hablaba en un idioma comprensible, por más que había sido una científica tan capacitada e inteligente como su marido. Estaba segura de que este no se había deshecho de ninguna de sus pertenencias. Debían de estar en el dormitorio que compartía con su esposa antes de que esta falleciera. Sofía no ingresaba en ese cuarto desde el funeral de su madre, cuando su padre lo había sellado y no había permitido que nadie accediera. Ahora no tenía manera de evitarlo.

Tardó varias horas en despejar y abrir la puerta. Lo consiguió hacia la noche. Sin embargo, resolvió cenar primero, ya que no había ingerido más que unas galletas después de colocar unos platos con leche y agua para el gato. No sabía dónde estaba el animal en ese momento. Nunca había tenido una mascota y no estaba acostumbrada a velar por sus necesidades, era una suerte que se tratara de un gato y no un perro. Rellenó los platillos mientras se calentaba una comida precocinada en el microondas. La consumió en la cocina, parada junto a la mesada.

Desde que había decidido visitar esa habitación, los recuerdos invadían su cabeza. Era gracioso cómo, cada vez que pensaba en su madre, su mente pasaba por alto los últimos años de esta, cuando había estado enferma, y trasladaba a Sofía directo a su infancia.

Había sido feliz, al menos, la parte que recordaba. No tenía memoria del incidente que había borrado sus recuerdos de los primeros seis años, tampoco le importaba. Su vida posterior, hasta la adolescencia, había sido buena. O sea, durante el tiempo que su madre había estado ahí. Su desaparición acabó con la felicidad, la suya y la de su padre.

Suspiró y dejó el plato en la pileta, limpiaría más tarde.



JUNTÓ FUERZAS Y entró en el antiguo dormitorio. Lo halló más ordenado de lo que había esperado, era evidente que lo habían aseado con frecuencia.

En un rincón y sobre la cama, descubrió varias cajas con pertenencias de su madre. Abrió el ropero, sus prendas seguían allí; hasta había algunas de su padre. Revisó los escritorios y mesas de luz: todo estaba como hacía tantos años atrás, igual a la última vez que ella había estado en ese cuarto.

Sofía se limpió las mejillas y examinó las cajas. Contenían poca información relacionada con su trabajo; en general, solo notas personales. No era una sorpresa, ella sabía que guardaba la mayor

parte en archivo digitales y en las computadoras de la oficina. Buscó las agendas correspondientes a los años en los que se ejecutaron los experimentos de los reportes. Encontró algunas referencias a ellos, así como el nombre de la señora Ocampo y otros que le sonaban, pero que no lograba ubicar. Incluso, se mencionaba una reunión que había tenido lugar en su casa. Sofía frunció el ceño. La recordaba.

Muchas personas habían estado ahí una noche…, una noche en la cual ella había estado enferma, en la cama y con fiebre. Aunque no se acordaba de qué dolencia se trataba ni por qué sus padres habían aceptado reunirse justo ese día.



DEJÓ LA HABITACIÓN de sus padres poco después. Aunque no podía quitarse de encima esos recuerdos. ¿Qué significaban? ¿Estarían relacionados con lo que ocurría en la actualidad? ¿O su mente anhelaba viajar al pasado porque no le gustaba nada de lo que sucedía en el presente?

Aún le pesaba la tristeza de las últimas semanas de la enfermedad de su madre. Había tanto que necesitaba decirle y no había podido hablar con ella, ya fuera porque estaba aletargada por los calmantes o porque su padre le restringía las visitas. Fue entonces cuando empezó a alejarse de él. ¿Por qué le había hecho eso? ¿Por qué le había quitado esa oportunidad? Ahora ni siquiera podía preguntarle eso.

Cerró la puerta del dormitorio y se dirigió al baño por otra ducha. Luego pasó por la cocina y revisó la heladera. En verdad tendría que comprar comestibles si iba a quedarse unos días más. El gato maulló alrededor de sus pies y ella lo apartó para regresar a su antiguo cuarto, pero no se quedó ahí, no quería llamar más recuerdos.

Recogió la computadora y regresó a la cocina. Se preparó una colación sin leche, ya que las últimas gotas decidió legárselas al felino, y entró al portal. Encontró la sección sobre compras y descubrió que también contenía sugerencias de supermercados donde había promociones vigentes. Revisó las opciones y decidió hacer el pedido *online*, solo lo suficiente; que se enterara quien quisiera.

Cuando ya había pagado y estaba preparando los correos para coordinar la entrega, recibió un mensaje privado. Lo abrió con cautela, segura de que era otra cuasiamenaza. No obstante, lo que halló fue un *link*.

Vaciló antes de hacer clic en él, podría llevarla a cualquier lado o incluso descargar algún programa no deseado. Tenía su información personal resguardada en la nube y la de su padre estaba, en su mayoría en físico y en esos archivos cifrados, de los cuales ella no

tenía copia.

La curiosidad ganó.

Esperó hasta que la página se abrió. Era un documento. Lo amplió para verlo mejor. Se trataba de un acuerdo de adopción. Frunció el ceño mientras leía el nombre de los involucrados: el suyo y el de sus padres. La habían adoptado a la edad de seis años.

—¿Adoptada? —susurró—. No puede ser.



Capítulo IX

HABÍA LEÍDO EL DOCUMENTO cientos de veces. No podía descargarlo ya que el enlace solo permitía visualización, así que le sacó varias fotos con el celular.

—No puede ser —murmuró una vez más mientras volvía a repasarlo. Sin embargo, todo indicaba que era un documento real. Buscó ejemplos en internet y los comparó, este tenía las características necesarias. Durante esa indagación, descubrió que no podría verificarlo con la agencia de adopción porque esa información estaba sellada.

—Pero si soy la adoptada…, debería tener acceso, ¿no? No tendría que ser confidencial para mí.

Entró al sitio nacional que regulaba las adopciones y revisó el menú. Había una sección para quienes deseaban conocer a sus padres biológicos. Se indicaba que obtendrían información de sus progenitores si estos habían aceptado ser localizados; si no, recibirían una descripción anónima.

Ella titubeó. La página informaba que el trámite demoraría unas semanas. No tenía tanto tiempo. Estaba segura de que debía enterarse de los detalles lo más pronto posible. Había una razón para que le hubieran enviado ese archivo y debía de estar relacionada con los hechos recientes. O, tal vez, solo intentaban desviar su atención. No obstante, ella sentía que era otra faceta del mismo enigma. Desde que lo había leído, no podía sacarse de la cabeza ese recuerdo que había surgido horas antes. Quizás esa había sido la primera noche que pasaba con su familia adoptiva. ¿Y si entre los demás concurrentes se encontraban sus verdaderos padres? ¿O si alguno sabía quiénes eran? ¿Y si la señora Ocampo…?

Cerró la máquina, se levantó y se mesó los cabellos.

¿Sería casualidad haber recibido aquel correo en ese momento? Con un escalofrío, miró alrededor.

Era demasiado. La muerte de su padre, el asesinato, las amenazas, enterarse de que era adoptada y ahora la sensación de que la vigilaban. Sus instintos la urgían a que abandonara ese horrible vecindario y dejara la historia donde estaba, sin mirar atrás. Sin embargo, eso debía ser lo que deseaba quien le enviaba aquellos mensajes; o quizás no.

Necesitaba despejarse.

No le importó que recién estuviera amaneciendo. Si la señora Ocampo había sido atacada en su propio hogar, ella tampoco estaba a salvo en la suya. En realidad, quizás se hallaría más protegida rodeada de gente.

Se vistió y salió a caminar.

No tardó en cruzarse con vecinos. Si bien algunos la saludaron y otros le dirigieron miradas curiosas, ninguno intentó hablar con ella. En una esquina, advirtió a Rubén y logró esquivarlo antes de que él la viera a ella. Al hacerlo, tropezó con una mujer cuyo rostro le resultó familiar.

—Hola —dijo esta, con cierta tensión en la voz, aunque su expresión indicaba pesar. Entonces, Sofía recordó que era la pareja de la señora Ocampo: Susana.

—Hola…, eh…, es una suerte que nos crucemos… Me preguntaba…, ¿quiere al gato?

—¿El gato?

—Sí, el gato que…, que encontré ese día… ¿No es…, no era…, no es de ustedes?

—De ella. —Sacudió la cabeza—. No me interesa, nunca me gustó. Puede quedárselo.

—Ah —dijo Sofía y vaciló, la mujer no se movió—. Mmm, ¿vive por acá? —Se escuchó decir y se arrepintió al instante.

Susana sonrió con tristeza.

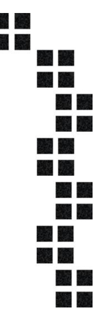
—Estoy segura de que está al tanto de los últimos chismes, el barrio no pierde tiempo con esos asuntos. Hace una semana que nos separamos; por ahora, estoy en la casa de una amiga. —Suspiró.

—Oh…, lo siento.

—Debo irme —anunció Susana tras mirar por sobre su hombro—; no lo soporto.

Sofía echó un vistazo y notó que se refería al sobrino.

—Yo tampoco —contestó y siguió a la mujer.



Capítulo X

CAMINARON UNOS MINUTOS a la par antes de que Sofía volviera a hablar.

—Lo siento —repitió—. Es que yo…

—Está bien —respondió Susana, sonaba cansada—. Supongo que para ti tampoco es fácil ser el blanco del grueso de los rumores, yo estoy bastante acostumbrada.

Llegaron a una vivienda modesta y Susana la invitó a entrar. Sofía aceptó y, unos minutos después, ambas estaban sentadas frente a una taza de té y un plato con galletas.

Se encontraban en la sala y, al echar un vistazo alrededor, Sofía pensó que lucía muy diferente a lo poco que había visto de la residencia de la señora Ocampo. Aunque, claro, esta no era, en verdad, de Susana.

Observó a la mujer, que bebía el té con la mirada perdida.

—Mmm…, ¿no le pareció raro que se cerrara la investigación tan deprisa?

Susana la contempló, confusa al principio, y luego reaccionó.

—¿Sabías que, antes de que determinaran que la muerte de tu padre se debió a un ataque cardíaco, había otras sospechas?

—¿Sospechas? —Sofía bajó la taza. Aunque no debería sorprenderla, a ella también se le había cruzado por la cabeza esa posibilidad, tras lo que había descubierto y lo que había sucedido en los últimos días.

—De que no fuera natural. —Se encogió de hombros—. Los rumores siempre son grandes y trágicos. No sé qué es verdad y qué no. Solo sé que yo no tuve nada que ver con lo que le ocurrió a Marta. No importa cuánto peleáramos ni que estuviéramos en un receso —hizo un gesto para abarcar su entorno—, esto es solo transitorio. —Sofía titubeó y la mujer sonrió—. Debes de ser la única que lo sabe aún. No estábamos de acuerdo en cómo enfrentar mi enfermedad. Marta creía

que debíamos probar cada uno de los últimos tratamientos y para mí, es una pérdida de tiempo y… —Le temblaron los labios.

—Lo siento —dijo Sofía, sin agregar nada más.

Susana hizo otro gesto, suspiró y encendió un cigarrillo. Sofía comió una galleta mientras pensaba.

—¿Por qué fue sospechoso el deceso de mi padre? Cuando me llamaron, el tema estaba cerrado, sin comentarios.

—Hacía mucho que no hablabas con él, ¿no? No era un hombre que compartiera detalles de su vida privada, pero Marta lo conocía por haber trabajado juntos tantos años atrás. —Se inclinó hacia delante—. En esa época, varias personas desaparecieron hasta que los dichosos experimentos se cancelaron y se dispersó a los restantes integrantes del grupo. Nunca supe de qué trataban esos ensayos y hubiera preferido que ella tampoco lo hiciera. Estoy segura de que tuvo que ver con… —Inspiró—. Le advertí que no debía remover el pasado; sobre todo, uno con tantas dudas y secretos.

Sofía se mordió el labio. Debía de estar relacionado, quizás se trataba del mismo grupo que había estado en su hogar cuando ella era chica. A lo mejor, había un motivo por el cual el recuerdo había asomado cuando revisaba las agendas de su madre. Precisaba localizar a esas personas, pero ni siquiera sabía sus nombres.

—Tiene información sobre ese período.

—No —negó con la cabeza Susana—, y te recomendaría que no la busques. Olvida todo y vete; tú puedes.

—¿Por qué usted no? —indagó ella y se tapó la boca—. No quise…

—No te preocupes. Me pregunté varias veces lo mismo; más todavía desde que… y cuando se canceló la investigación… No es seguro permanecer en este lugar; por otro lado, aquí la gente me conoce. Si me mantengo callada y alejada de los problemas… como le dije a ella que hiciera… —Suspiró.

Sofía percibió tanto lástima como enojo en su voz. Los mismos sentimientos encontrados que sentía ella por la muerte de su padre y antes la de su madre.

—El dolor se apaga con el tiempo —murmuró.

—Sí —contestó la mujer—, aunque nunca desaparece; máxime, cuando quedaron temas pendientes. —Se irguió en su asiento—. Sin embargo, no se puede hacer nada al respecto. ¿Qué harás con la casa?

—¿Perdón?

—La residencia que heredaste. No volveré a la que compartía con Marta y no puedo quedarme con mi amiga para siempre.

—Ah, no lo sé aún. Todavía no pude cerrar los asuntos de mi padre y ahora…

—No lo hagas. No preguntes. Déjalo como una muerte natural, así

como fue un accidente lo de Marta. Y olvida, es la mejor opción.

—No puedo; sobre todo, cuando acabo…

La mujer la observó, inquisitiva.

Sofía vaciló. No sabía si contarle o no. Si lo hacía, quizás el resto del barrio se enteraría en breve, aunque, por otro lado, era posible que ya se supiera. Y, tal vez, eso le ayudaría a encontrar a los que habían estado en esa reunión, a los que habían participado de esos experimentos junto con sus padres… Aunque, ¿por qué había resurgido tantos años después? ¿Solo porque la señora Ocampo había estado rebuscando en el pasado? ¿O habría otro motivo? ¿Y qué podría haber allí que estuviera relacionado con la enfermedad de su pareja? ¿O un tema no concernía al otro?

Sacudió la cabeza.

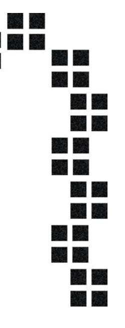
—Son muchas cosas. —Hizo una pausa—. No entiendo por qué esos hechos cobran relevancia ahora, después de tanto tiempo.

Observó a la mujer, a la espera de una reacción. Era obvio que sabía más y no quería decirlo.

Susana suspiró y se levantó.

—Lo siento, tengo tareas pendientes. —La acompañó hasta la puerta—. Quédate con el gato, lo que me interesa son tus planes para la casa.

—Claro —dijo Sofía y se cuidó de no mirar hacia atrás a medida que se alejaba. Sabía que la observaba y tenía la impresión de que Susana no era la única.



Capítulo XI

SI BIEN AHORA se le habían acumulado interrogantes adicionales, también estaba más decidida a descubrir lo que ocurría y la verdad sobre ese documento de adopción. Quizás se lo habían enviado para desestabilizarla, para enfocar su interés en otro lugar; sin embargo, lo usaría como excusa para escarbar en el pasado e intentaría…

Se paró en el medio de la calle y miró alrededor. No podía quitarse de encima la idea de que la observaban y no se trataba de vecinos curiosos; una sensación que tenía cada vez más seguido. Giró en torno a sí y lo divisó a una cuadra. Pese a que no podía distinguir sus gestos, estaba segura de que se trataba del hombre que había visto del otro lado de la reja, cuando recibió la llamada amenazante. Y ahora estaba allí, dentro. Trató de calmar los nervios. Eso confirmaba sus sospechas, si él podía entrar…

—Hola —dijo una voz a su lado y ella pegó un salto.

Se giró y se encontró con una mujer de mediana edad que llevaba un perro en una larga correa.

—Eres la hija del doctor, ¿no?

—Mmm, eh…, sí —contestó ella vacilante. La gente muchas veces usaba ese apelativo con su padre, aunque este no hubiera poseído ningún doctorado en Física, el cual sí tenía su madre.

—¿Sabes? Hace rato que deseaba hablar contigo. ¿Es cierto que trabajaba en secreto para el gobierno en algún tipo de arma revolucionaria?

—¿Eh?

—Creo que ya puedes contarme, ¿no? La confidencialidad se anula cuando… las personas ya no están.

—¿Perdón?

—Solo será entre nosotras. —Sonrió la mujer, anhelante.

Y Sofía reconoció las ansias de aquellas personas que hacen lo que sea por conseguir chismes y diseminarlos. Tal vez…

—Supongo que sí…, que ya puedo. —Se acercó y bajó el volumen de la voz—. Era justo lo que hacía.

—Oh… —dijo la otra y a Sofía le pareció que estaba a punto de dar un salto de alegría—. Lo sabía. Esas reuniones con grupos extraños… No me sorprende que haya terminado así, al igual que Marta.

—Claro —se mostró de acuerdo Sofía y trató de que no se notara la irritación que sentía.

—Vi que estuviste con Susana —comentó y Sofía se preguntó si la había estado siguiendo desde entonces—. Sabías que fue una de las sospechosas, ¿no? Al igual que tú. Asumo que sí, porque ustedes estuvieron juntos en la reunión barrial.

—Mmm.

—Muchos pensaban —continuó— que se debió a sus peleas por el dinero, ¿sabes? Ese dineral que Marta estaba obteniendo no sabemos de dónde. Aunque yo siempre me decanté por el sobrino, nunca me gustó ese muchacho. —Le tocó el brazo—. Nunca se me ocurrió que hubieras sido tú, ¿eh?

—Mmm, gracias. Eh…, ¿conoce a ese hombre?

—¿Cuál? —preguntó la mujer, pero cuando ambas se voltearon, este había desaparecido.

—Tengo que irme —anunció Sofía y se apresuró a regresar a su casa pese a que la otra seguía hablándole mientras ella se alejaba.

CUANDO LLEGÓ A SU HOGAR, hizo una rápida revisión de las habitaciones e incluso los roperos y debajo de las camas antes de trabar la puerta y cerrar las ventanas.

Primero consideró acuartelarse en la pieza, luego se trasladó el estudio de su padre y, al final, optó por quedarse en la cocina. Allí contaría con un arma si tuviera que defenderse de… Ignoraba de qué o quién debía protegerse, pero cada vez se sentía más insegura y no tenía a nadie en quién confiar.

Comprobó las llamadas: no había respuesta del detective. Mientras decidía si probar otra vez o no, el teléfono sonó. Casi se le cayó de la mano del sobresalto. Aunque era un número privado, ella sospechaba de quién se trataba: debía de ser ese hombre. ¿Estaría, en ese momento, a la entrada de su casa? Levantó la vista, con el móvil vibrando entre sus dedos. Se forzó a sí misma a contestar.

—Esta es la última advertencia —dijo una voz distorsionada—: deja de meterte en asuntos que no te conciernen.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

La comunicación se cortó. Y ella lanzó el celular a un lado y se mesó los cabellos. ¿Con quién podría hablar? Se había aislado demasiado de las personas y ahora estaba sola. Con un temblor en el cuerpo, se dio cuenta de que, si la mataban, si aparecía muerta a la mañana siguiente, nadie se enteraría, a nadie le importaría. Se rio. Tal vez, los de Seguridad la encontrarían, si iban a investigar cuando ella no se presentara a recibir el envío del supermercado. El gato entró maullando en la cocina.

—No tengo comida para ti —murmuró sin mirarlo. El animal, de todas formas, se quedó dando vueltas entre sus piernas.

Ella lo ignoró mientras abría la computadora. No tenía ningún mensaje en el portal, también se había borrado aquel que contenía el *link* a sus papeles de adopción. Tampoco tenía mensajes en su correo personal. Buscó al detective Fernández en las redes sociales, quizás había una forma de contactarlo por ese medio, pero no salía en ninguna. O no las usaba o utilizaba un nombre diferente o… las habían eliminado. ¿En verdad habría sido asignado a otro caso? ¿Estaría aún vivo?

Cerró la *notebook* con frustración y se encaminó hacia el dormitorio de sus padres. Debía hallar a las demás personas que habían estado en ese grupo, debía de quedar alguno con el cual pudiera hablar. Aunque no sabía qué le diría, ¿le preguntaría sobre los experimentos? En realidad, lo único que precisaba saber era cómo defenderse. Si su padre había sido asesinado…

Se paró en las escaleras y sacudió la cabeza.

Aunque no quería pensar en eso, sabía que sería imposible sacarse esa idea de la mente hasta que descubriera la verdad.

Terminó de subir los escalones y revisó todas las agendas de su madre.

Horas después, se refregaba los ojos. La participación de su madre en casos prácticos era toda una revelación, la había tenido como una científica teórica; por lo menos, así la recordaba. Sin embargo, durante un tiempo, trabajó codo a codo con su marido; incluso, después de leer sus anotaciones, a Sofía le pareció que su madre era quien dirigía los ensayos. Se topó con varios nombres que escribió en una libreta. Aún no sabía cómo iba a localizar a esas personas si no vivían en el barrio. Lo único que se le ocurría era utilizar las redes sociales o contratar a un detective privado, pero ¿cómo se contactaba uno? Y ¿disponía del tiempo suficiente para ello? Tampoco quería poner en peligro a otra persona, por más que cualquiera que se dedicara a esa profesión conociera los riesgos. Suspiró y se cubrió el rostro con las manos.

Resolvió tomarse otro descanso, los pensamientos le giraban sin control y no sabía cuál dirección seguir. Solo tenía claro que

necesitaba ayuda e ignoraba dónde pedirla.

Regresó a la cocina y comprobó sus mensajes por si, de casualidad, ya estaba en camino el envío del supermercado. Aunque no tenía ganas de salir, no le quedaban opciones si quería comer. Notó intensa actividad en el foro y leyó algunos *posts*. Alguien había irrumpido en la residencia de Gerardo y todo el mundo estaba convencido de que se trataba del mismo individuo que había asesinado a la señora Ocampo. Unos cuantos vecinos se habían acercado a la zona. Ella vaciló y, al final, optó por hacer lo mismo.

Había una pequeña muchedumbre en la calle, divisó a la amante de los chismes y la evitó. No vio a Susana, pero sí a Rubén. Lo esquivó también e intentó situarse junto a un grupo que conversaba con tranquilidad mientras el personal de Seguridad entraba y salía del inmueble. Como no distinguió ninguna restricción, decidió ingresar a la casa. Pese a que casi no conocía a Gerardo, se aproximó a preguntarle cómo se encontraba. Apenas cruzó el umbral, le llamó la atención un perfume, le parecía familiar, aunque no recordaba dónde lo había sentido antes. No había sido ahí, la primera vez que había visitado esa morada, olía a desinfectante. Aunque, ¿quién se perfuma para invadir un lugar?

—Estoy bien —contestó Gerardo, quien lucía bastante calmado—, estaba fuera en ese momento y no se llevaron nada.

—Me alegro —dijo ella y echó un vistazo alrededor. La puerta estaba forzada y había un poco de desorden.

—Este vecindario ya no es seguro —comentó alguien.

Ella no podía estar más de acuerdo, aunque dudaba de que, alguna vez, lo hubiera sido. Se acercó a la entrada y contempló a los que se congregaban allí. De inmediato, sintió una mirada sobre ella y detectó al sobrino, quien la observaba sonriente.

—Creo que fue él —murmuró Gerardo, junto a ella.

Sofía lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—Todos los soldados quedan mal de la cabeza.

—¿Estuvo en el ejército? —Se sorprendió Sofía.

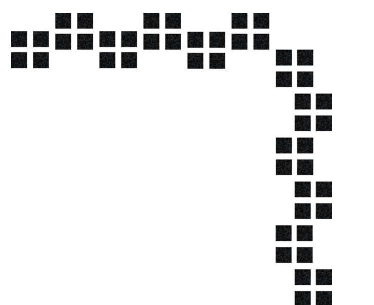
—Unos meses, no funcionó.

Ella se mordió el labio. Si bien, por el carácter de Rubén, lo consideraba capaz, ¿por qué haría algo así? ¿Por maldad? ¿Por molestar? ¿Para que la atención del barrio por fin se desviara…?

Era una distracción.

—Por favor, regresen a sus hogares —pidió un guardia de Seguridad.

«Oh», pensó ella y corrió.



Capítulo XII

COMO HABÍA ANTICIPADO, en los pocos minutos que estuvo fuera, habían forzado la puerta de su hogar. No había costado mucho abrirla, tendría que cambiarla por una más segura.

Fue a la cocina y recogió un cuchillo antes de revisar el resto de la casa. Aunque ignoraba cómo usarlo, se sentía mejor con él en la mano. Encontró rastros de visitas indeseadas en dos lugares: el estudio y el dormitorio de sus padres. ¿Cómo sabían que este era importante? Sin duda, registrarían el despacho, pero ¿un cuarto que había estado sellado? Debía de tratarse de alguien que conocía el pasado o que pertenecía a él.

Después de verificar que estaba sola, cerró la puerta como pudo y colocó un mueble para bloquearla. Buscaría una solución al día siguiente. Por un instante, consideró llamar a Seguridad; no obstante, lo último que necesitaba era tener a los vecinos alrededor y a los guardias revisando el lugar, sería una situación difícil de controlar.

Se sentó en la cocina con el gato maullando sobre sus pies.

—Lo siento —murmuró—, no hay más leche.

Debería comprobar si se habían llevado algún objeto. Aunque lo más probable era que no lo notara, no había tenido tiempo de examinar todo, muchos menos de clasificarlo como para determinar qué faltaba.

Suspiró y abrió el portal. Creyó que hallaría otro mensaje, otra amenaza. Había una foto, una vieja. Su madre estaba allí, pero no su padre. Por los delantales que llevaban, era un equipo de investigación. Si bien le pareció reconocer los rostros de algunos, no sabía lo que significa ni por qué se la mandaron. ¿Qué querrían decirle? Sacó una copia con su celular. ¿Sería otro aviso o querían despistarla? Se mesó los cabellos. Intentaban llevarla en una dirección en particular, de eso no tenía dudas. Aun así, necesitaba descubrir lo que ocurría, ya no podía olvidarlo.

Estudió la imagen. Las dos mujeres que estaban en el centro lucían similares. Frunció el ceño y comparó el rostro de su madre con el de la científica a su lado.

—No puede ser —murmuró.

Se frotó los ojos. Ansiaba tanto hablar con alguien, que existiera una persona con quién conversar, que veía rostros familiares por doquier. Sin embargo, tanto su madre como su padre eran hijos únicos.

—Y yo ni siquiera soy su sangre —musitó.

Sonó una notificación y ella revisó su bandeja de entrada: había llegado el pedido del supermercado. Miró la hora, debía de ser la última entrega de la noche. Como si lo intuyera, el gato maulló.

—Sí, sí, debería ir a recogerlo. Quizás sea mejor que lo haga ahora, cuando todos siguen distraídos con lo sucedido en la residencia de Gerardo.

Se puso de pie.

Cerró tanto el estudio como el dormitorio de sus padres e hizo lo que pudo con la puerta. Aunque estaba segura de que cualquiera que deseara ingresar lo haría sin problemas. No sabía qué más hacer.

Encontró las calles vacías, ya fuera porque la multitud seguía junto a la casa del vecino de la señora Ocampo o porque los habitantes del barrio habían regresado a sus hogares.

Solo vio a un individuo, a lo lejos: el hombre misterioso.



PENSÓ QUE HUIRÍA cuando se encaminó hacia él, pero se ocultó mejor entre las sombras y esperó. No obstante, cuando ella estuvo a unos pasos, le hizo señas para que no se aproximara más.

Ella escudriñó su rostro. No lo reconocía. Por un momento, creyó que podría pertenecer al equipo de los experimentos, lucía de la edad adecuada.

—¿Quién eres? ¿Por qué me amenazas?

—Esas intimidaciones no son mías —dijo él.

—Tal vez… —concedió ella con lentitud mientras estudiaba su expresión—. De todas formas, me estás acosando, ¿no?

Él proyectó una sonrisa fugaz.

—Quizás, te estoy protegiendo.

—Sí, ja…

—Sigues viva, ¿o no?

Sofía frunció el ceño.

—Sabes lo que sucede. Explícame.

—Sería mejor que lo ignoraras.

—Creo que es demasiado tarde para eso. Alguien no tiene dudas de que lo sé y no le gusta.

Él cambió de posición.

—Espera —pidió ella, tenía la sensación de que él estaba a punto de irse—. Cuéntame qué ocurre, cómo se relaciona con mis padres. ¿Acaso la muerte de él y la de la señora Ocampo están conectadas?

El hombre suspiró.

—No es seguro para ninguno de los dos.

—Sin embargo, estás aquí, hablándome, ¿por qué?

—Hay tantas razones para hacerlo como para no.

—¡Basta de misterios y enigmas! Dime algo concreto.

Él entornó los ojos.

—Bien, te daré una pista y, si logras descubrir el resto, quizás, haya un tema del cual conversar en el futuro. Aunque ya te proporcioné varias.

—No dispuse del tiempo suficiente. ¿Cómo se supone que voy a investigar todo en un día? No tengo nadie a quién acudir…

—Pensé que te gustaba estar sola.

—Sí, pero… Aguarda. ¿Cómo sabes eso? ¿Qué más…?

—Sé lo bastante como para decirte que tu padre falleció de causas naturales, no busques por ese lado. Es en la vida de tu madre y su hermana donde están las respuestas.

—¿Hermana? —murmuró ella y recordó la foto. Su instinto había estado en lo correcto, pese a que… —No puede ser —susurró—, ella era hija única.

—Recuerda estas siglas: FCAPD.

—¿Qué significan?

—Es lo que debes averiguar.

Ella se frotó las sienes. Bastó que pestañeara un segundo para que el hombre desapareciera.

—¿A dónde pudo haber ido…? —murmuró.

¿Una hermana? ¿Cuántos secretos tenía su familia? ¿Por qué su madre nunca le había hablado de una hermana?

«Porque yo no era, en verdad, parte de la familia. Y nunca me quisieron…».

Sacudió la cabeza. No, no, no podía creer eso de su madre.

Le llamó la atención el ruido de voces. Un grupo de vecinos se estaba movilizando por la calle principal. Parecía que, al final, a pesar de la hora, nadie había obedecido al personal de Seguridad. Los observó: algún otro hecho había ocurrido. Los siguió.

Poco después, estaba frente a la vivienda donde se hospedaba Susana y entonces fue cuando Sofía recordó de dónde conocía el perfume que había sentido en la casa de Gerardo.

La gente se apiñó cerca de la entrada y un guardia se dirigió a la

puerta. Esta se abrió lo necesario para que ingresara el hombre y volvió a cerrarse.

«O sea que las están visitando todas; no me sorprendería que también hayan estado donde sea que resida Rubén. ¿Qué buscan?».

Vaciló sobre si quedarse un rato, por si surgía información de utilidad, o recoger sus comestibles. Optó por la supervivencia y se encaminó hacia la casilla principal de Seguridad. Además, no tenía dudas de que ahí escucharía algún que otro chisme sobre lo sucedido y siempre podía visitar a Susana más tarde. Por otro lado, no quería ausentarse mucho tiempo de su hogar.

Encontró el lugar casi vacío. Una sola persona se movía por el recinto, ansiosa, como si apenas pudiera contener las ganas de salir.

—Ah, sí —dijo cuando ella le dio su nombre y la guio a la vuelta de la cabina, donde había unas cajas—. Puede usar ese carro —señaló uno con ruedas bastante desgastadas—, después lo devuelve.

—Gracias —contestó ella mientras acomodaba las cestas—. ¿Ocurrió algo? —preguntó, sin mirar al guardia.

—Demasiado. Todavía no descubrimos al invasor de la primera residencia y otra persona ya fue atacada.

—¿Atacada? —Ella levantó la vista.

—Sí, la golpearon en la cabeza. No sabemos quién fue ni por qué, no falta nada en la morada. —El hombre puso los brazos en jarra—. Obviamente, alguien desea que el barrio parezca inseguro; nos hace lucir mal a nosotros —expuso mirándola a ella con fijeza, como si le atribuyera la responsabilidad por las desgracias del vecindario.

—Estoy segura de que darán con el culpable —expresó Sofía y sonrió.

Se apresuró a llevarse las compras. Evitó a la multitud, aunque la curiosidad la carcomía.

Al abrir la puerta de su casa, le sorprendió encontrar una colilla de cigarrillo en el umbral. Nadie en su familia fumaba.

Mientras guardada los víveres, después de comprobar el interior del inmueble, meditó sobre los fumadores con los que se había cruzado en los últimos días. Y la única imagen que surgió en su mente fue la de Susana.

—El perfume y el cigarrillo —murmuró—, ella podría estar detrás de todo y su ataque ser una pantalla. Y esos comentarios sobre mudarse…, la excusa perfecta para rondar por aquí.

«Bueno, si ella me visita, no puedo hacer menos que devolverle el favor…».



Capítulo XIII

LE ASOMBRÓ ENCONTRAR las inmediaciones vacías. ¿Dónde estaban los vecinos que había visto allí minutos antes?

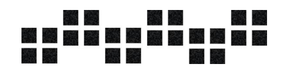
Había confiado en que encontraría una excusa para entrar si todos seguían ahí. A nadie le extrañaría que sintiera tanta curiosidad como el resto. Podía inquirir sobre la salud de Susana y su amiga u ofrecer su ayuda. Este hubiera sido el procedimiento más fácil.

Sin embargo, no había nadie y las luces estaban apagadas. O dormían o podrían estar en el hospital. En su apuro por regresar a su casa, no le había preguntado al guardia qué tan graves habían sido las heridas de Susana; ni siquiera si había sido ella la víctima, lo había asumido, pero…

Suspiró. Se mordió el labio y silenció el celular. Se acercó a la puerta trasera. Pese a que no esperaba que estuviera abierta, así era y este hecho le incomodó. ¿Habrían olvidado cerrarla? ¿O habría alguien en el interior?

Avanzó con cuidado a través de las habitaciones. Aunque distinguía poco entre las penumbras, no se animaba a prender una luz. Accedió al comedor, el lugar estaba desordenado y, de forma extraña, también mostraba una disposición específica, como si la ubicación de los objetos hubiera sido diseñada. Era posible que, al revisar la escena, la reacomodaran. Desconocía si se había solicitado asistencia externa; había leído en el portal que la Seguridad contratada tomaba esa decisión. Resultaba evidente que tendría que haberse informado más antes de ingresar en la residencia.

Revisó el piso, que le había llamado la atención, aunque no sabía por qué. Se inclinó. Antes de que pudiera determinarlo, sintió un fuerte dolor en la nuca y se desplomó.



CUANDO ABRIÓ LOS OJOS, estaba tan oscuro que creyó que había perdido la vista. Se incorporó y tosió. Se encontraba sobre un suelo bastante frío y húmedo. Cuando se le acostumbró la visión, notó una luz muy tenue, cerca del techo, que provenía de una pequeña ventana.

Un sótano.

¿Cómo había llegado allí? ¿Quién la había atacado? ¿Sería la misma persona de la agresión anterior?

Tal vez, se equivocaba al pensar que Susana estaba detrás de todo o quizás tenía un cómplice.

Quiso levantarse y se mareó.

Después de varias inspiraciones profundas, consiguió ponerse de pie. Se acercó a la puerta y descubrió que estaba con llave. Tiró del picaporte con toda la fuerza de la que fue capaz: nada.

Sacó el celular y encendió la linterna. No había dudas de que se encontraba en un sótano, pero ¿de qué casa? Por lo que veía, hacía años que nadie entraba allí.

Se movió entre las cajas llenas de polvo y pasó los dedos por ellas. ¿Por qué le parecían tan familiares? Suspiró. Estaba cansada de esa sensación, todo le provocaba recuerdos que no podía ubicar. No tendría que haber regresado, debería haber manejado los temas a la distancia. Siempre se había dicho a sí misma que *hacia atrás* no era el camino.

Suspiró otra vez y rebuscó entre las cestas. Debía de haber algún objeto que le sirviera para abrir la puerta ya que la ventana no era una posibilidad: demasiado estrecha. Halló muchos artefactos que podrían haber pertenecido a un *boy scout*.

Había estado antes en ese lugar, era uno de los sitios embrujados del barrio. La recorrió un escalofrío. Cuando era pequeña, la habían encerrado a ese cuarto; algunos niños habían creído que sería gracioso. Había pasado el día ahí y nadie se había dado cuenta. No obstante, había salido por su cuenta y ahora recordaba cómo.

La casa con el sótano encantado de su niñez había pertenecido a un exsoldado. Eso le había llamado la atención: una medalla del ejército. ¿Por qué estaría en el piso? ¿Pertenecería a la amiga de Susana? Desconocía quién era esa mujer. Se mordió la lengua. Había sido muy imprudente y torpe de su parte no averiguar lo básico.

Mientras escarbaba en las cajas, rememoró las conversaciones que había tenido. Y surgió el comentario de Gerardo sobre Rubén y su estadía en el ejército.

—No recibiría una condecoración por una estadía tan corta, asumo —musitó.

Pensó en el muchacho, tan ansioso por la herencia; sin embargo,

el inmueble de la señora Ocampo estaba deshabitado. ¿Por qué tampoco Susana estaba allí? Por más que planeara mudarse, tendría que recoger sus pertenencias y ordenar el resto, ¿no? ¿Habría una razón por la cual todos se mantenían alejados?

La situación era, cada vez, más incomprensible. Quizás, las respuestas eran sencillas y ella se estaba enredando demasiado. A lo mejor, no había ninguna conspiración y… Se mordió el labio.

Encontró lo que buscaba y se puso a trabajar en la puerta. Mientras lo hacía, brotaron las memorias de la vez anterior, tantos años atrás. En esa ocasión, los niños le habían dejado una pista que le permitió escapar. Era obvio que no deseaban que ella quedara atrapada. Sofía se había preguntado, en reiteradas oportunidades, cuánto tiempo hubieran aguardado antes de liberarla si ella no conseguía salir. Nunca se lo contó a nadie. Sus padres nunca se enteraron de que ella no había ido a la escuela y de que había permanecido recluida en un sótano. A veces, habían actuado como si no les importara mucho su hija.

«No, no *su hija*. Y habrán estado ocupados con sus estúpidos ensayos. En esa época, mamá siempre viajaba…».

Esa era una posibilidad. Era probable que esos traslados estuvieran relacionados con los experimentos.

En ese momento, el cerrojo se destrabó; aunque, ¿se animaría a cruzar el umbral? Quien la había confinado ¿la esperaría del otro lado?



ESTABA CANSADA DE sentirse indefensa.

Liberarse por su cuenta le había recordado que tenía los recursos para valerse por sí misma. No debía olvidarlo.

El sótano pertenecía a la casa abandonada de su niñez, la cual se ubicaba frente a la residencia de la amiga de Susana. No se demoró allí, sino que regresó a su hogar.

En ese momento, daba vueltas, sin cesar, por las habitaciones. Debía encontrar una forma de… protegerse o defenderse de… lo que fuera. Aún no había arreglado la puerta, podrían entrar en cualquier instante y atacarla. Podrían…

Sin embargo, no la habían matado. Pudieron haberlo hecho y optaron por encerrarla. Si a Susana o a su amiga tampoco le habían causado un daño permanente, tal vez, la muerte de la señora Ocampo había sido accidental. El asesino no lo había planeado y ahora intentaba encubrirlo.

Abrió la computadora e inició una búsqueda. Le sorprendió

encontrar opciones apenas en las afueras del vecindario. ¿Se animaría a salir? ¿Qué podría suceder? ¿Invadirían su morada otra vez?

—No importa —resolvió—, necesito hacerlo.

Anotó un par de direcciones, se cambió de ropa y salió hacia la más próxima. El local se encontraba abierto y la espera fue corta. Se retorció los dedos mientras estudiaba las candidatas.

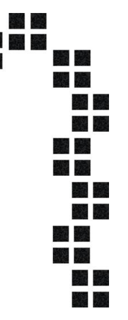
—¿Es la primera? —le preguntó el vendedor.

—Sí —respondió ella y se frotó las manos.

—Hay problemas en ese barrio, ¿no? —comentó el hombre—. Usted es la segunda persona de ese lugar que se inicia en las armas.

Ella frunció el ceño. Si bien ella dudaba sobre si preguntar acerca del otro comprador, el vendedor tenía muchas ganas de hablar.

—Era un joven bastante raro, bah, charlatán. ¿Sabe qué me llamó la atención? Dijo que era su primera también; no obstante, por la forma en que la empuñaba, estoy seguro de que no es cierto.



Capítulo XIV

SOFÍA SE SINTIÓ MEJOR CUANDO regresó a su casa con su nueva arma. Aunque no tuviera ni idea de cómo usarla, le serviría para espantar a cualquiera que se le acercara.

Esa vez, no revisó el inmueble, sino que fue directo hacia la computadora. Decidió buscar la empresa donde había trabajado su madre en la época de los experimentos. Sabía que los hoteles en los que se había hospedado durante los viajes habían sido reservados bajo el nombre de esta. Tendría que haber pensado en ello antes. Algunos miembros de aquel grupo podrían seguir trabajando allí; si no, muchas corporaciones mantenían datos de contacto de exempleados.

Abrió el buscador y tipeó el nombre como lo recordaba. Vaciló y agregó las siglas que el hombre misterioso le había dado. Quizás, no debería hacer esa búsqueda abiertamente. Tal vez, debía comprarse un celular como el de su padre.

—Me estoy volviendo paranoica —murmuró a la vez que verificaba su móvil.

Tenía notificaciones en una red social. Le llamó la atención ya que hacía mucho que no la usaba y estaba segura de que había desactivado los avisos. Titubeó, dejó el aparato sobre la mesa y trató de concentrarse en la pantalla de la computadora. Sin embargo, sus ojos se desviaban hacia el teléfono. Al final, lo recogió y tocó el ícono. Poseía un mensaje privado. Lo leyó con cautela. Le indicaban que se comunicara con un número y las instrucciones eran bastantes rebuscadas. Lo hizo desde el celular paterno.

—¿Sabes lo que haces? —le preguntó una voz masculina tras el primer tono.

—No, y tampoco sé quién eres tú. De lo que no tengo dudas es que quiero que me dejen en paz.

—Entonces, olvida todo y vete.

—Podría hacerlo si no invadieran mi casa ni me encerraran en

sótanos ni me enviaran amenazas.

—Ninguna de esas acciones es nuestra.

—¿Y quiénes son?

—Mmm, considera este un mensaje de la ACIP. Nuestro asunto es con Gerardo. Estás complicando una situación que no tiene nada que ver contigo.

—Entonces, ¿por qué me llama?

—Solo soy un facilitador. Te daré algunas respuestas y, tal vez, así te apartes y podremos hacer lo que debemos.

—Lo escucho.

—Tanto tus padres como la señora Ocampo trabajaron en un proyecto secreto que concernía al gobierno. Ese tipo de información siempre tiene compradores.

—¿Quién la vende?

—Creo que eres lo bastante inteligente para adivinarlo. Vigilamos a cada uno de los que operan con o para nosotros; a veces, algunos se vuelven… independientes. Nos ocuparemos de Gerardo.

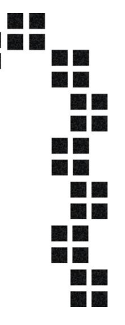
—¿Él trabaja para ustedes?

—Lo hacía hasta hace un tiempo, cuando decidió actuar por su cuenta.

—Él mató a la señora Ocampo.

—Es lo más probable. También pudo haber sido cualquiera de los otros dos; después de todo, Susana fue una de nuestras operativas en otra época y Rubén tuvo contacto con organizaciones involucradas. No necesitas saber nada más. Eres la única que no tiene verdaderas relaciones con esta red… por ahora. Aún puedes salirte. Esta opción no durará.

El enlace se cortó.



Capítulo XV

CONTEMPLÓ EL CELULAR DURANTE unos minutos después de que la llamada desapareciera. No había quedado ningún registro. ¿Cómo lo hacían?

Cerró la computadora, revisó la pistola, se la guardó y salió de la casa.

Resolvió hablar con Susana. Si aún obedecía a su antiguo empleador, quizás andaba detrás de Gerardo. Además, Sofía ahora estaba segura de que este era el asesino. Por otro lado, Rubén estaba armado y él sí debía de saber disparar.

No prestó atención a ninguna de las pocas personas con las que se cruzó. La calma parecía haber regresado al barrio. Sin embargo, ella sabía que mucho se removía por debajo de la superficie, siempre lo había sentido y era una de las razones por las cuales se había ido.

Llegó a la residencia donde se hospedaba Susana y descubrió la puerta abierta.

—No otra vez —murmuró y vaciló sobre si notificar a Seguridad. Optó por echar un vistazo primero.

Se topó con Gerardo y, en cierta forma, no le asombró; al menos, no tanto como encontrar a Rubén muerto a sus pies.

Sofía retrocedió y Gerardo la apuntó con un arma.

—No puedes irte. Entra, por favor, y cierra.

Aunque sonaba calmado, ella lo notaba nervioso.

Ella dio unos pasos dentro y entornó la puerta. Trató de mantenerse lejos.

—No llegaste en el mejor momento —Gerardo se mesó los cabellos—, pero ya sabía que serías una molestia.

—¿Qué intentas hacer?

—¿No es obvio? Susana y Rubén pelearon, por la herencia o por lo que sea, y así terminó la disputa. De esta manera, me saco dos problemas de encima a la vez. Y solo quedas tú.

—Me parece que te quedan varios más. ¿Por qué mataste a la señora Ocampo?

—No debería haber pasado. —El hombre suspiró mientras observaba el cuerpo del muchacho con cierta tristeza.

—Están ocurriendo muchas cosas que no deberían haber sucedido —comentó ella y desplazó una mano hacia donde tenía el revólver.

—¿Te crees graciosa? —preguntó él y su rostro reveló su ansiedad. Sofía se quedó inmóvil—. ¿Crees que sabes algo? No sabes nada. ¿Piensas que fue solo una pelea de amantes? No. Marta no era la única implicada en los experimentos y sus beneficios. Yo solo quise una tajada, como los demás; ¿de dónde piensas que Marta conseguía ese dinero? Le vendía información de…

En ese instante, se abrió la puerta y Sofía aprovechó para sacar el arma y esta se disparó. No planeaba hacerlo, ni siquiera había apuntado. No obstante, Gerardo cayó al piso.

Se oyó el breve grito de una mujer y Sofía se giró.

Susana había entrado en la casa y, apenas vio la escena, tomó la pistola de las manos de Sofía y apuntó a Gerardo, que seguía en el suelo.

—Llama a Seguridad —le ordenó a Sofía.



POCO DESPUÉS, EL LUGAR ESTABA lleno de gente y había una ambulancia a la entrada. Mientras los paramédicos acomodaban a Gerardo en una camilla, Sofía se acercó. El hombre se encontraba bajo los efectos de los calmantes y murmuraba por lo bajo.

—¿Qué tiene que ver mi familia? —preguntó—. ¿Cómo se relaciona con la señora Ocampo?

—Ella vende información al mejor postor. Si tan solo pudiera saber a quién… Yo podría… también.

Lo subieron a la camioneta y cerraron la puerta.

—Esperen —pidió ella, pero nadie le hizo caso.

Sintió que alguien la asía del brazo y se giró, sobresaltada. Era Susana.

—Ven —le dijo y la llevó hasta uno de los dormitorios de la casa.

Había una valija preparada sobre la cama y la habitación estaba en orden y vacía.

—Sabías más de lo que me dijiste —le recriminó Sofía—. Aun ahora…

—Todo el mundo sabe más de lo que dice —la interrumpió—. En general, uno calla para proteger a los demás. Te conviene olvidar esto, no es bueno para ti —dijo mirándole las manos que aún le temblaban.

El arma se la había llevado el personal de Seguridad, hasta que se determinaran los siguientes pasos.

—Tu pareja me involucró en este lío —contestó ella, aunque no tenía, en realidad, muy en claro cómo había sucedido.

—Marta cometió muchos errores, pero no era mala. ¿Quién no falla de vez en cuando? Incluso tus padres. —Inspiró—. Tu madre…, ella…

—¿Ella qué?

Susana frunció los labios.

—Si quieres respuestas, debes buscar en el pasado de tu madre y en sus experimentos. ¿Sabes por qué se mudaron aquí?

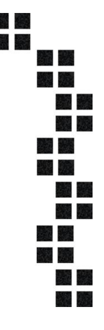
—¿Al barrio?

La mujer sonrió.

—¿Crees que, en verdad, nadie se da cuenta de los acontecimientos raros que ocurren por la zona?

—Gerardo dijo…

—Él ya no importa y si tú tienes un poco de cerebro, te alejarás y no mirarás atrás. Yo pienso hacer eso —suspiró—, estoy cansada.



Capítulo XVI

NO SUPO QUÉ LA SORPRENDIÓ más al día siguiente: que ya le confirmaran que la propiedad era suya o que una persona de Seguridad se acercara a su hogar para devolverle el arma e informarle que el asunto estaba resuelto.

—¿Cómo? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Él confesó antes de suicidarse —el guardia se encogió de hombros—, una pelea tonta de vecinos con la señora Ocampo, pavadas de la medianera, que se desproporcionó.

—Eso no tiene sentido —murmuró ella.

—La gente discute por lo más inverosímil —dijo el hombre y se dio la vuelta para irse.

—Espera. ¿Y Rubén…, el sobrino de la señora Ocampo?

—Ah…, ese muchacho… Andaba en malas compañías. Todo el barrio sabía que terminaría así. Tantas deudas… Parece que quiso entrar a robar para saldar alguna (creía que la pareja de su tía se había quedado con parte de su herencia, ¿sabe?) y sus amigos… —se encogió de hombros otra vez—, una riña interna en su banda. —Echó un vistazo a la puerta—. Debería repararla.

Se giró.

—Lo haré —murmuró ella.

Entró en la casa y dejó el arma sobre la mesa de la cocina.

La única parte que aceptaba era que Gerardo había asesinado a la señora Ocampo. Lo demás no tenía sentido. ¿Por qué no confesó haber matado a Rubén? ¿Por qué nadie lo juzgó culpable de esa muerte? Claro que resultaba más fácil explicarlo de la otra manera, aunque también podrían haber inventado que Rubén quería vengarse por el femicidio de su tía…

Tal vez…, había motivos para separar…

Sacudió la cabeza y prendió la computadora. Ya había tomado una decisión: vendería el inmueble y tiraría el pasado a la basura.

Empezaría de nuevo en otro lugar, lejos.

ESTABA TERMINANDO DE preparar el anuncio cuando recibió un correo. No pudo controlar su curiosidad y lo abrió. Instrucciones para un enlace telefónico.

En esa ocasión, reconoció la voz: era el hombre misterioso.

—Esta es tu oportunidad para irte.

—Lo sé, es el plan. No quiero saber nada más. Deja de enviarme mensajes.

—Solo intenté ayudarte.

Ella miró el segundo *mail* en su casilla.

—¿Con amenazas?

—Ya te dije que nunca te envié intimidaciones.

—¿Trabajas para el gobierno? —preguntó Sofía de repente, aunque se había prometido no indagar más.

—Para uno de ellos, sí.

Él calló, como si esperara el siguiente interrogante. Ella se mordió el labio.

—Si consideras que podrás soportar no saber nunca lo que en verdad sucedió… —agregó él.

—¿No acabas de proclamar que es el momento de retirarme? ¿Por qué me generas dudas?

—Porque sé lo que es vivir con remordimientos.

—No es la única razón.

—Claro. En cualquier juego, siempre es mejor conocer a los jugadores.

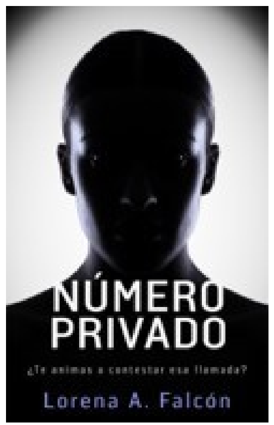
Sofía titubeó mientras contemplaba el aviso para la venta de la casa que había redactado.

La llamada se cortó.

Ella acarició con el dedo los botones de la computadora. Cerró los ojos y presionó uno.

¿Te gustan las historias cortas de misterio?

Número privado



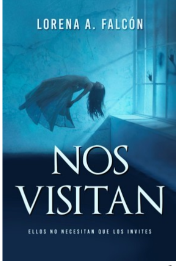
¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra mientras Mona observa la pantalla: Número privado.
Contesta.
Ahora Mona debe huir de aquello que está del otro lado de la línea.
La realidad se desdibuja a la vez que intenta mantenerse con vida y descubrir quién la persigue.
Y el celular no deja de sonar.

¡Consíguelo ya en Amazon y descubre si Mona sí logra huir!

Premio Amazon - Mis novelas de años previos

Nos visitan



Ellos no necesitan que los invites.

El mundo enfrenta un pico de actividad paranormal y necesita voluntarios para la lucha…

Disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Los tres ciclos



Tres razas, dos soles, un planeta.

Ella despertó y descubrió un secreto. Él vio su camino torcerse a la mitad. Ello se negó a dormir y olvidar.

Disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

La invasión



Llegaron sin aviso, invadieron sin resistencia.

Los extraterrestres están en la Tierra y ya no hay lugar para los humanos. Aún sí, Grace sigue intentándolo. ¿Te animas a acompañarla?

Disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Matices de la magia



La magia que acumulas define la maga que eres.

Johanna será maga, pero la magia no es solo sangre o talento. No es el pasado de tu familia, sino el tuyo.

Disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Vidas paralelas, destinos cruzados



La vida que odias, alguien más la quiere.

En otro mundo, Carola es una bruja poderosa. Solo debe cambiar lugares con su doble. ¿Qué puede ir mal?

Disponible en Amazon en *ebook*, tapa blanda y tapa dura.

El despertar de las gárgolas



Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Tura es capaz de despertar a las gárgolas. Siempre quiso poder, pero ¿podrá manejarlo?

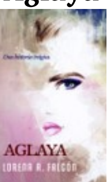
Disponible en Amazon en *ebook* y tapa blanda.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en *Amazon*.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.

Disponible en Amazon.

El talismán del emperador



El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.

Disponible en Amazon.

La otra profecía



Kamilla es la joven elegida para impedir la profecía que se avecina. Lástima que debe dar su vida para evitarla.

Disponible en Amazon.

Cuentos mitológicos



Estos cuentos recogen mitos griegos desde otro punto de vista; a veces,

desde sus actores más callados.
Disponible en Amazon.

¿Quieres leer más historias cortas de misterio?
Al final de este libro, encontrarás una muestra de una de mis *novelettes*.



Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en *Twitter*, *Instagram*, *Pinterest* o *YouTube*. También puedes ayudarla, junto a *Patreon*, a publicar más libros.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todos aquellos autores que llenaron mi niñez de historias y aventuras.

Otras obras publicadas



El único conflicto
Algunos conflictos están siempre allí.

Hugo y su amiga Tamara deben defender a la Tierra y evitar perderse a sí mismos.

Disponible en Amazon.

Fases
Cuentos sobre el ciclo de una vida.

Tu primera década. Y luego la segunda. Así hasta el final. ¿Las recuerdas todas?

Disponible en Amazon.

Monstruos al acecho
Cuentos para desafiar los miedos.

Cuando te acurrucas por la noche con tu libro de terror preferido, ¿revisas debajo de la cama antes?

Disponible en Amazon.

Un reino olvidado 

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Úrsula sabe que será la ganadora. La educaron para ser independiente, pero es la primera vez que está sola.

Disponible en Amazon.



Todos los conflictos

Algunos conflictos ocultan otros peores.

Tamara y su amigo Hugo deben huir del infierno y prevenir que este no llegue a la Tierra.

Disponible en Amazon.

Transformación 

Historia de una metamorfosis

Entre la impotencia frente a su situación y la incomprensión de los demás, Dani busca su identidad.

Disponible en Amazon.

Alrededor del reloj

Cuentos para no perder el tiempo.

La vida de estos personajes transcurre alrededor del reloj, atrapados en el eterno ciclo.

Disponible en Amazon.

Una idea simple - A simple idea **Bilingüe - bilingual**
Minirrelatos que desconciertan - Mini stories that mystify

Minirrelatos de hasta cien palabras.
Mini-stories below one hundred words.

Disponible en Amazon.

Un bosque confuso
El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Inés nunca quiso seguir su destino, uno que le permitiría cambiar su reino y, tal vez, el mundo.

Disponible en Amazon.

Un conflicto sin fin
Cuando ayudas a los demonios, los ángeles van tras de ti.

Hugo y su amiga Tamara deben encontrar las respuestas solos o pueden buscarlas entre las bestias.

Disponible en Amazon.

Todo o nada 

Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad depende de tus sentidos. Si no ves, oyes, hueles ni sientes como los demás, estás solo.

Disponible en Amazon.

Decisiones 

La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera entre las opciones que pudieron ocurrir se ha roto. Estas son las historias de Selena y Dante.

Disponible en Amazon.

Un camino marcado

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a la grandeza. Cuando la oportunidad se cruza en su camino, no lo duda.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.

Disponible en Amazon.

Por un par de alas
Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, viajes en el tiempo, futuros distópicos… Una historia por cada sueño o pesadilla

Disponible en Amazon.

Intercambios
No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza, por poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío insoportable.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida.

Disponible en Amazon.

Todas mis partes 

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada.

Disponible en Amazon.

Un último conflicto

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti. Ahora Tamara y su amigo Hugo deben huir.

Disponible en Amazon.

La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana quiere huir. Tuvo la fortuna de conocer el amor y la desgracia de conocer la verdad.

Disponible en Amazon.

Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso parece.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debió abandonarlo todo y perdió demasiado. Rodeada de preguntas, deberá afrontar su sino.

Disponible en Amazon.

Antifaces
No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

Aquí nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de sus ideas preconcebidas.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Ebook gratis
¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura mágica de Micaela comienza una noche, tras ser atacada por una mujer misteriosa.

Disponible en Amazon.

La torre hundida 

Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en Amazon.

Número privado (extracto)

Capítulo I

NO DEBERÍA HABER CONTESTADO ESE LLAMADO.

Nunca lo hacía cuando se trataba de un número privado. ¿Para qué hablar con alguien que no quería siquiera revelar su nombre? Además, tampoco conocía a muchas personas, ni quería hablar con ellas…, como ocurría en ese momento.

Hacía media hora que sus compañeros de trabajo trataban de convencerla para que saliera con ellos esa noche y a Mona no se le ocurría una excusa para no hacerlo. Entonces, sonó el celular, su pequeño salvador. Lo sacó del bolsillo como si encontrara una botella de agua luego de una caminata por el desierto. Lo aferró con ambas manos y miró la pantalla: «Número privado».

El aparato intentaba soltarse de sus dedos mientras resonaba con un movimiento insistente.

—¿Y…, Mona?, ¿vienes o no? —le preguntó uno de los hombres que tenía enfrente.

Ella levantó la vista y luego alzó una mano para indicar que debía contestar esa llamada. Seleccionó «Aceptar», se llevó el celular a una oreja, la mano a la otra y le dio la espalda al grupo. Con suerte, para cuando terminara de hablar, ellos ya no estarían allí.

—¿Hola?

Había mucho ruido en la línea. No solo estática, sino murmullo de fondo y una respiración agitada. ¿Sería una broma? ¿O algún tipo de llamado que no debería haber contestado?

Estaba a punto de cortar, cuando oyó una voz lejana.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

La voz susurraba en un cuchicheo apresurado, pero estaba demasiado apartada del teléfono o hablaba en un volumen muy bajo como para que se escuchara.

—¿Quién es? —presionó Mona. Aunque ya debería haber cortado. El grupo todavía seguía a su espalda, decidiendo el lugar al cual irían. Ella apretó el celular más contra su oreja—. ¿Hola?

Entonces, la voz se acercó un poco al micrófono, fueron solo unos segundos antes de que la conexión se rompiera. No había llegado a entender lo que decía, solo sintió su urgencia.

—Mona, ¿estás bien?

Ella miró desconcertada alrededor. Todo el grupo la observaba expectante.

—Yo… eh… —Sacudió la cabeza y se alejó, todavía con el celular en la mano.

¿Aquello había sido real? Por un momento, había creído que esa

voz que susurraba apremiante del otro lado de la línea era la suya.

—No puede ser —murmuró mientras caminaba—, debe de haber sido un eco en la comunicación.

Sacudió una vez más la cabeza y recogió sus pertenencias para salir de la oficina. Por suerte, sus compañeros ya no estaban más en la entrada. Podía volver tranquilamente a su casa. El teléfono le vibró en la mano. El mensaje anunciaba una llamada perdida de un número privado.

—Pero si yo contesté…

Consideró, por un momento, regresar el llamado, pero sabía que no podría, no tenía ningún número para marcar. Finalmente, descartó la idea y caminó hasta la estación del tren que la llevaría de regreso a su hogar. Tuvo la suerte de conseguir un asiento junto a la ventanilla y poder disfrutar del paisaje. La formación iba casi vacía, extraño para ser viernes. Tal vez mucha gente se había quedado en el centro de la ciudad para salir con amigos. Miró el reloj, todavía le faltaba una hora más de viaje. Se recostó contra la ventana y cerró los ojos.

No llegó a dormirse y la despertó la sensación de que el celular sonaba otra vez. Cuando lo revisó, no tenía ni mensajes ni llamadas. Miró a través de la ventana. Ya le quedaban solo dos estaciones, el sol había empezado a ocultarse y la luz se iba con rapidez. Aún tenía algunos minutos para pasar por su casa y volver a salir. La plaza estaba a dos cortas cuadras.

Llegó corriendo a su hogar y, apenas abrió la puerta, fue recibida por dos patas que cayeron sobre sus piernas y un hocico que buscaba caricias.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —rio—, ¿vamos a pasear?

El perro ladró y dio una vuelta sobre sí mismo mientras ella descolgaba la correa y la enganchaba en el collar. Volvió a salir por la puerta que no se había molestado en cerrar. El animal tiraba de ella con tanta fuerza que se le incrustaba la soga en la mano.

A los pocos minutos, estaba en la plaza. Ya no había sol, pero la penumbra aún permitía ver sin la necesidad de luces. A esa hora, ya no había niños, solo adultos, algunos corriendo o trotando y otros con sus perros. Liberó la correa del suyo y lo miró correr. A veces, soñaba con esa libertad para ella misma.

Si tan solo pudiera…

—Hola, ¿cómo estás?

Mona controló su gesto antes de volverse hacia la derecha. Allí estaba un hombre con el que se había cruzado varias veces, tenía un perro de la misma raza que ella. No recordaba su nombre y, cada vez que lo veía, intentaba evitarlo. Así como también esquivaba diálogos con cualquiera de las otras personas que andaban por ahí. Ellos creían que formaban parte de una gran familia, ella ya había tenido una y…

—Hola. —Mona sonrió por un breve instante y se volvió a seguir mirando a su perro. Estaba bastante lejos y le ladraba a un arbusto. ¿Tendría que acercarse a ver qué ocurría?

—Es una pena que sean los dos machos, ¿no? —continuó el hombre a su lado, ella podía sentir que estaba más cerca que antes.

Ya había hecho ese comentario en otra ocasión, y esa vez tampoco había servido para iniciar una conversación, ¿por qué lo seguía intentando?

Ella se encogió de hombros.

—Hace unos días que no te veía.

«¿Me está vigilando?».

—Tuve que quedarme hasta tarde en el trabajo.

—Sí, claro. Yo tuve unos problemas familiares, mi mamá necesitó que la acompañara al médico; en general, lo hace mi padre, pero ese día… —Su voz se fue apagando al notar que ella ya no le prestaba atención.

—Lo siento —dijo Mona y sacó el celular del bolsillo, lo sintió vibrar en la palma de su mano—, tengo que contestar.

Él asintió con una sonrisa breve y ella se alejó unos pasos para atender. Ni siquiera se había fijado en el número antes de llevarse el aparato a la oreja…

Allí estaba otra vez ese ruido, además de la estática y, de nuevo, la voz…, que ahora era entendible.

—Por favor, por favor —sollozaba su propia voz—, solo quiero vivir.